Sentimientos

Entre

Tinta y Papel

Brenner Dalf

Lonely Gothic
EDITORIAL

Primera edición: 10 de diciembre de 2018

©Breiner Dalf, 2018

©Lonely Gothic Editorial, 2018

ISBN: 9798-65-72-7966-5

Impreso por: Kindle Direct Publishing

Impreso en: Estados Unidos — *Printed in USA*
Lugar de origen de la obra: Plato, Magdalena-Colombia.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Agradecimientos

A pesar de que en la elaboración de esta historia tuve el apoyo de familiares y amigos. En realidad, fueron las voces que contradecían mis sueños las que me dieron la fuerza para seguir creyendo que esto sería posible.

Esta historia no hubiese sido posible sin la ayuda de las siguientes personas:

Andrys Díaz Alfaro, Javier Díaz Alfaro, Candelario Díaz Almendrales, Herlenis Alfaro Ibáñez, Danisa Monzon, Shantal Villa, Dayana Ávila, Priscila Valencia Pérez, Liceth Flórez, Eva Morales, Luis Ramos, Elkin Romero, Stacy Steventh y Melviz Pérez Ortiz.

A todos y cada uno de ellos.

¡Mil Gracias!

PREFACIO

Escribir esta historia no fue nada fácil. Atravesé miles de situaciones para lograr sacar pensamientos de mi cabeza y ponerlos en papel.

Escribí durante horas en las que lo único que me mantenía despierto era la cafeína en mi sangre y los sueños en mi corazón.

En más de una ocasión escuché voces que me decían: «No lo lograrás; es imposible».

A pesar de todo seguí los latidos de mis sueños hasta el final. En la vida he aprendido que solo nosotros somos dueños de nuestro destino.

Transcurrieron horas en las que mis ojos fueron testigos de cómo la luz de la luna era deslustrada por la frialdad de los jóvenes rayos solares.

Atravesé momentos en los que las palabras se marchaban, los sentimientos se alejaban y nada quedaba. Solo bastaba con una mirada al pasado para lograr encontrar las palabras adecuadas y volver a sentir algo otra vez.

Esta historia es una pequeña obra que reconstruye memorias de toda una vida. Aquí no se narra una historia de la vida real, sino, una que quise vivir.

No recuerdo con claridad por qué decidí que quería crear vidas y mundos sobre el papel, supongo que este fue

mi sueño de niño. ¿Y sabes? Desde el primer instante ha sido un mágico viaje que recordaré toda la vida. Recuerdo con un poco de melancolía aquella madrugada lluviosa en la que inicié este proyecto, pasaron muchas cosas, pero no me arrepiento de nada.

Espero que disfrutes tanto el leer esta obra, así como yo disfruté el escribirla. Sin más, me despido…

Esta obra fue producida en la pequeña ciudad de Plato, Magdalena. Esta historia está parcialmente inspirada en algunos lugares de esa pequeña ciudad.

Esta obra fue terminada en noviembre de 2018.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: LATIDO ANÓMALO 14

MI HABITACIÓN Y LA SOLEDAD ¡SINCO PAREDES! 16

¿RECUERDAS TU PRIMER AMOR? 24

¿CÓMO CONOCISTE TU PRIMER AMOR? 26

UN COSQUILLEO PINTORESCO 28

GOTAS DE LLUVIA 32

GRIS PLOMIZO 38

SIETE DÍAS 44

LENGUAJE MUSICAL 52

APRENDIENDO A AMAR 60

HORAS FINALES 72

SENTIMIENTOS SONOROS 76

LADRONA DE SUEÑOS 78

LETRAS DEL CORAZÓN 86

BARRERA DE CRISTAL 102

LA MELODÍA DEL SILENCIO 106

AMOR VERANIEGO 108

REGRESO A CASA 112

CORAZONES FRÍOS 118

HELADA MELANCOLÍA 124

¡HASTA PRONTO! 128

Pálido paisaje 132

A través de la pantalla 136

Bajo la luz de la computadora 142

Un mensaje de esperanza 144

SEGUNDA PARTE: MELODIA DE ANTAÑO 148

Cinco años después 150

Aprendiendo a armar un Corazón desde cero 154

Demasiado pronto 162

Demonios del tiempo 166

¡Hola! 172

Septiembre 176

Tétrica soledad 186

La última noche antes del primer día 190

ACERCA DEL AUTOR 196

Ninguna persona merece tus lágrimas, y
Quien las merezca nunca te hará llorar...

Siempre habrá gente que te lastime, así
Que lo que tienes que hacer es seguir
Confiando y solo ser más cuidadoso en
Quien confías dos veces.

Gabriel García Márquez

A mi Madre y a mi Padre.

Nunca lo hubiera logrado sin vuestro material genético.

Herlenis Alfaro

&

Candelario Diaz

PRIMERA PARTE

Latido anómalo

Mi habitación y la soledad
¡Cinco paredes!

Calles completamente desoladas. En cualquier dirección en la que se mirase solo se podía ver asfalto; no había ningún alma en las calles de aquel vecindario.

Casas con frondosos árboles en sus jardines principales «muy bonitos», y a su vez un peligro inminente. Sorprendentemente en el jardín de un hogar había un gran árbol de caoba. Cada vez que el viento soplaba, las ramas de los árboles se estremecían de un lado a otro golpeando los tejados y las ventanas de cristal de las casas «algunos hogares aún tenían ventanas de madera, ya algo desgastadas por el paso del tiempo».

La noche ya había caído, pero la luna continuaba iluminando el firmamento. No por mucho. El viento soplaba y consigo traía cúmulos de nubes que a su vez

deslustraban la luz de la luna. Se podía oler la humedad en el aire, una tormenta se aproximaba anunciando la llegada del invierno.

Desperté envuelto entre las cobijas de la cama, aún con el uniforme de la escuela puesto. Se podía escuchar un crujido en el tejado y otro más suave en la ventana de cristal de la habitación. No se podía ver nada, únicamente una inmensa oscuridad.

Me dispuse a levantarme de la cama. Después de un largo rato luchando por liberarme de las cobijas logré ponerme de pie. Empero, no podía ver absolutamente nada. Caminé en dirección adonde suponía estaba la ventana.

«He vivido toda mi vida en esta casa que podría caminar por cualquier lugar de ella con los ojos vendados».

Corrí la cortina de la ventana. De inmediato, la lúgubres de la habitación se escabulló en las sombras. Con los ojos entreabiertos y la mirada turbia, miré hacia lo profundo del firmamento. A causa de que la luna había convertido la noche en día, la luz de las estrellas distantes no podía ser divisada, las únicas visibles eran las más brillantes, entre ellas la constelación de Orión.

Clavé la mirada en las pocas estrellas de Orión buscando una mirada, solo logré evocar mi demonio del tiempo «El pasado».

Hace mucho tiempo la energía de la ciudad se interrumpió a causa de un apagón. Tras desaparecer la luz de la ciudad, la luminiscencia de las estrellas inundó el firmamento. Salí al jardín principal de la casa a ver las

estrellas, me senté en el suelo y simplemente contemplé el manto celeste. Alguien se sentó a mi lado y preguntó:

«¿Cuentas las estrellas?», no permitió que respondiera la pregunta, ya que de inmediato dijo:

«No acabarás, porque son muchas, casi que infinitas».

Aunque en aquella noche yo no enumeraba las estrellas, quise intentarlo. Alcancé a contar miles, pero de ninguna forma Todas. Esa noche se podía ver la luz de las estrellas más distantes. Esa noche las estrellas eran infinitas. Sería algo absurdo enumerar algo infinito.

En esta noche con la luz de la luna iluminando el firmamento, la luz de las estrellas es opacada haciendo posible ver solo las más brillantes, ya que en esta noche las estrellas no son «infinitas» pueden ser enumeradas. Esta situación me mostró un claro ejemplo de la vida.

«La vida es como el firmamento y las estrellas, nosotros somos las estrellas y el firmamento es la vida. En el comienzo el cielo se torna oscuro, permitiendo que la luz de las estrellas brille sin ningún problema, pero un día la luna convierte la noche en día y solo las estrellas más brillantes logran brillar en medio de la luz».

En aquella noche distante esa personita me enseñó indirectamente una enseñanza de vida sin darse cuenta.

Para cuando volví la mirada del pasado al cielo, la luna y las pocas estrellas ya habían desaparecido detrás de la gran oscuridad que arropaba al cielo. El viento comenzó a soplar más y más fuerte. Una gota de agua cayó en el

cristal de la ventana, se deslizó y luego la calle ya estaba inundada.

Cerré la cortina y volví a la cama, pero antes me quité el incómodo traje que traía puesto.

Hola, mi nombre es Breiner Dalf. Perdóname si esta página es algo confusa para ti. Quiero narrar toda mi historia esta mañana sin omitir ningún detalle. Hoy me voy al sur del país, en donde entraré a la universidad para estudiar arquitectura, como siempre quiso mi padre.

Yo vivo con mis padres y mi hermana mayor.

Nosotros vivimos en una pequeña ciudad al norte de Colombia, conocida como «Villa Concepción». Esta ciudad es conocida por una vieja leyenda de un hombre que se convirtió en caimán con la ayuda de un hechicero. Por esto es apodada; ***La tierra del hombre caimán.*** La ciudad Está ubicada en la orilla de un caudaloso río «El río Magdalena».

Nosotros Vivimos en una casa ubicada en el vecindario con las calles más solitarias de Villa Concepción. Es un vecindario en el que la mayor parte de los residentes son ancianos, está bastante alejado del río.

Nuestra casa (la casa de mis padres), es de espacios amplios, de dos plantas, techos elevados. En la parte de atrás hay un pequeño patio, en la parte de adelante hay un jardín lleno de plantas y un frondoso árbol de roble amarillo. Abajo está la sala, la cocina, el garaje, el comedor con su chimenea, la oficina de papá, en donde también está la biblioteca, y un pequeño taller de costura de mi madre. Los dormitorios están arriba. El de mis padres, la habitación de mi hermana (una habitación ambientada de color rosa),

y mi habitación, por supuesto. Claro, también hay baños, uno por cada planta. Olvidé mencionar el sótano, ya que es un lugar al que no entro muy de costumbre, es un lugar lleno de cosas viejas e inservibles.

Mi hermana mayor «Maileth Dalf», ella únicamente viene en el verano y otras pocas veces en las fiestas de diciembre. Después de terminar sus estudios secundarios se marchó a la capital del país a estudiar medicina. Gracias a sus buenas calificaciones ganó una beca que otorgaba el estado. Ella siempre quiso estudiar Psicología, pero por decisión de mi padre tuvo que elegir una carrera de medicina.

Mi padre, él... él es doctor en un hospital aquí en la ciudad. Él sale muy temprano por la mañana y regresa muy tarde por la noche. No lo veo muy seguido en casa.

Mi madre, ella es ama de casa, tiene un pequeño cuarto destinado por ella como taller de costura. Pasa sus tiempos libres tejiendo en esa habitación.

Y por último yo…yo soy diferente a toda mi familia. Si me quieres llamar «raro» adelante, no eres ni el primero ni el último. A mí me apasiona la literatura, las ciencias, la tecnología, el arte y la música.

La música es mi pulmón, si no la tuviera ya habría perdido la cabeza, es la única compañía que tengo en mi mundo.

A pesar de que admiro a muchos personajes de la música, mis grandes ídolos son científicos. Personas que aportaron conocimiento y tecnologías a la humanidad, científicos como:

El profesor Albert Einstein, Stephen William Hawking, Nikola Tesla, Isaac Newton, entre otras personalidades.

Cuando yo era tan solo un niño, soñaba con tocar las estrellas, cambiar el mundo, dejar mi huella e inmortalizar mi nombre. Mientras crecí entendí cómo es el mundo. El mundo es un lugar hostil, no te dará ninguna oportunidad, siempre te pondrá obstáculos y tú decidirás si tienes la fuerza para levantarte.

«La vida es como una montaña empinada con muchos riscos y piedras sueltas. Para alcanzar la cima no hay que mirar atrás, todo lo que dejamos atrás ya no importa. No mirar a la izquierda, esas personas solo nos quieren ver resbalar por las piedras sueltas, No merecen nuestra atención. Y por más que queramos, no mirar a la derecha. A veces en quiénes más confiamos pueden arrojarnos por el risco. Únicamente tenemos que ajustar nuestro arnés, mirar al frente, eso nos hará más fuertes. Cuando lleguemos a la cima hay que seguir mirando arriba, aunque la montaña acabe allí, nosotros debemos seguir creyendo que llegaremos más alto».

Al darme cuenta cómo funciona el mundo, aprendí que únicamente nosotros somos dueños de nuestro destino.

Claro, mis sueños fueron cambiando, pero igualmente siguen siendo mis sueños. No permito que

nadie los interrumpa, seguiré durmiendo hasta alcanzar la cima.

Cuando somos niños soñamos con muchas cosas, mientras crecemos todos esos sueños se disuelven y al final terminamos conformándonos con un trabajo que no nos gusta realizar. El profesor Albert Einstein dijo una vez:

«Si buscas resultados distintos no hagas siempre lo mismo».

Al parecer en nuestra sociedad todo lo que ocurrirá está definido por defecto a causa de que todos seguimos a los demás, eso que llamamos «El camino del éxito»

Nacemos, crecemos, pasamos gran parte de nuestras vidas estudiando, luego conseguimos un trabajo en el que vivimos de seis a doce horas diarias, para finalmente morir solos. Qué situación tan irónica, seguimos el camino del éxito, pero en realidad fracasamos.

¿Por qué cuando somos niños soñamos con grandes cosas y cuando crecemos nos conformamos con cualquier cosa?

Cuando somos niños vemos el mundo con otros ojos, tenemos *nuestra propia visión del mundo,* pero mientras crecemos la sociedad nos enseña a ser hombres o mujeres. Hombres y mujeres que temen al fracaso y a no encajar en la sociedad.

La frase más común de nuestra sociedad es:
«Nadie me entiende».

¿Pero cómo esperamos que alguien nos entienda, si no nos entendemos a nosotros mismos?, no sabemos ni lo que queremos, y si hay alguien allá afuera que logra

comprenderte, déjame decirte que logramos clonar humanos.

¿Cómo esperamos que alguien nos entienda, si somos todos diferentes?

Pero en esta sociedad no se puede distinguir entre un individuo u otro, ya que todos salimos de la misma fábrica. Todos con un sistema operativo idéntico. Solo unos muy pocos logran convertirse en desarrolladores y alterar un poco su código de programación.

Somos seres humanos, nuestra naturaleza es crear conocimiento.

¡Dejemos nuestra huella en medio de toda esta arena!

«No nos conformemos con las migajas si podemos ir directo al grano».

No sé por qué te digo todo esto, seguro el título del libro captó tu atención y quisiste echar un vistazo a estas páginas. ¡No te vayas!

Ahora ya sabes lo suficiente de mí, entonces ya puedo contarte mi historia desde el inicio para que puedas entender todo con claridad, pero antes. Déjame hacerte solo una pregunta.

¿Recuerdas tu primer amor?

¿Qué fue lo primero que se plasmó en tu mente? De Seguro pensaste en un rostro que con el paso del tiempo aún no logras sacar de tu mente. Quizá crees que sí lo olvidaste, pero en el fondo sabes que sigue ahí. Es normal que aún tenga un espacio en tu corazón.

Antes de nuestro primer amor nuestro corazón se encontraba en un estado de pureza, sin cicatrices, no conocía lo que era el dolor ni mucho menos el amor. El primer amor no es únicamente el primero, también es el único y verdadero.

En aquel instante nuestro corazón se enamoró ciego, no conocía esos sentimientos. Aquella personita nos hizo sentir diferentes. Aprendimos a amar por vez primera, experimentamos sentimientos nunca antes sentidos.

¿Cómo olvidar aquellas tiernas miraditas que coincidían una y otra vez? No sabíamos qué hacer, pero nuestros labios sí sabían lo que querían «Nuestro primer beso». Un beso que quedó grabado en nuestros recuerdos y para siempre en nuestros labios.

Con el paso del tiempo continuamos conociendo nuevas personas en busca de olvidar y encontrar nuevas experiencias. Cada una de ellas deja una cicatriz incurable. Pese a que conozcamos muchas personas, ninguna logrará hacernos sentir lo que sentimos con aquel primer corazón que robamos.

En el momento que esa personita entró en nuestro corazón, la puerta se cerró y nunca más volvió a abrirse.

El primer amor; es un amor que perdura para toda la vida, aunque muchos de nosotros lo perdimos y probablemente no lo volvamos a ver jamás, siempre lo llevaremos en cada latido de nuestro corazón, en los mejores recuerdos de nuestras vidas, en nuestros labios, y en cada mirada hasta que llegue el día de nuestro ocaso.

¿Cómo conociste tu primer amor?

Lo sé, dije que únicamente te haría una pregunta, pero déjame preguntarte: ¿Qué lugar se pasó por tu mente?

De seguro recuerdas con claridad aquel mágico lugar donde conociste a la primera personita que tuvo las llaves de tu corazón.

Tal vez conociste a tu primer amor en un viaje de verano, quizá en tu escuela, o probablemente en tu vecindario. No sé dónde, ni cómo conociste a esa persona, pero sé que el lugar y todo lo que allí viviste se quedó grabado en tus memorias para la eternidad.

Si en tu caso conociste a esa personita en un viaje de verano. Cuando llegaste allí nunca pensaste que tu vida cambiaria. Así es el amor; el amor llega en el momento justo

sin siquiera buscarlo, él siempre te encontrará cuando lo necesites.

Puede que conociste a tu primer amor en otras circunstancias, pero sé que tengo razón en decir que aún guardas la llave que te obsequió, en tus labios aún está la huella imborrable de sus labios.

A lo mejor algún día soñaste que volvías al lugar donde robaron tu corazón por vez primera y al despertar la añoranza se hizo presente en tu incompleta alma. Continuarás conociendo nuevas personas, pero solo te servirán para tratar de olvidar.

Ya te he hecho demasiadas preguntas, pero déjame preguntarte algo más: ¿Aún le amas? ¡No es necesario que respondas!

Ahora es mi turno de responder esas preguntas. Te contaré la historia de mi vida.

Un cosquilleo pintoresco

La historia que te voy a contar quizá ya la viviste o tal vez la escuchaste alguna vez, entonces sabes de lo que hablo.

Pero si aún no has experimentado las caricias de las alas de una joven mariposa revoloteando en tu panza, déjame decirte que te estás perdiendo de muchas cosas. El amor está allí afuera en algún lugar esperando por ti. ¿Qué estás esperando para buscarlo?

¡Pero ten cuidado! Aunque el amor sea algo bellísimo, también puede ser peligroso. Empero, si quieres hallar tu otra mitad debes estar dispuesto a navegar por los cinco océanos pese a que acontezcan fuertes tormentas, a caminar los cinco continentes aun cuando tus pies sangren y el suelo arda.

Una vez que inicies a recorrer el sendero del amor, no habrá vuelta atrás.

El camino no será nada fácil, cuando creas que has conseguido lo que buscas no tardarás mucho tiempo en percatarte de que el camino apenas comienza y cada vez será más difícil e impredecible.

Abrirte paso por ese camino puede lastimarte mucho, así que prepárate para lo peor.

Marcharás por el valle de las rosas, será imposible evitar que te persigan un par de mariposas.

Asegúrate de llevar zapatos, adelante está el desierto donde solo crece el cactus.

Camina con cuidado, el camino puede convertirse en un acantilado.

Si logras escalar la empinada colina no tendrás otra salida que saltar desde la cima, asegúrate de llevar un paracaídas, esperemos que salve tu vida.

Lleva lentes con visión nocturna, muchas veces caminarás a solas bajo la luna.

En esta loca travesía podrías deambular en círculos durante días, lleva una brújula que te enseñe la salida.

En la búsqueda de tu otra mitad el cielo se tornará gris, oscuro, y muy pocas veces color de rosas. Llegarás a pensar que es una búsqueda estúpida sin sentido alguno, pero por más que quieras alejarte del camino, siempre volverás a dejar tus huellas en la arena.

Contarte mi travesía no será nada fácil. Tan solo recordar cada una de las huellas que dejé en el camino y las que el camino dejó en mí, me causa melancolía y añoranza.

Ha transcurrido mucho tiempo, me será muy difícil evocar mi distante demonio del tiempo.

Te pido me disculpes si vez alguna página inundada bajo el océano.

Gotas de lluvia

Todo comenzó en el invierno del año 2010; un año que fue un invierno más que todo.

Yo tenía doce años, asistía a la escuela primaria, ese fue mi último año antes de ingresar a la escuela secundaria. Ese mismo año mis padres me obsequiaron una guitarra acústica como regalo de cumpleaños.

Era sábado por la mañana, una mañana muy atípica. Después de días sin parar de llover el sol salió, soplaba una cálida brisa que acariciaba las hojas de los árboles del vecindario, a veces las repentinas ráfagas de viento azotaban las ramas de las plantas arbóreas provocando que algunas hojas cayeran al húmedo suelo y otras pocas al asfalto.

Sería correcto afirmar que el invierno había llegado a su fin.

Mis padres y yo estábamos sentados en el sofá de la sala. Yo tenía mi guitarra acústica apoyada en mi pierna derecha, mientras acariciaba sus cuerdas con ambas manos tratando de sacarle una melodía que no sonara como los llantos de un felino doméstico en agonía. Llevaba varios meses practicando sin ayuda alguna de un tutor, únicamente guiado por un manual. Hasta el momento se podía decir que literalmente tocaba la guitarra porque no sabía tocar ninguna canción correctamente, aunque para mis padres yo tocaba excelente.

Rin… rin... rin, sonó el teléfono móvil de mi madre, mi recital se interrumpió.

«Hola», fue el saludo de mi madre.

Mi madre se quedó inmóvil con el teléfono pegado al oído escuchando a la persona del otro lado de la línea, transcurrió al menos un minuto, luego pude observar una lágrima que brotó de los ojos de mi madre, se paseó por su mejilla y luego al llegar al mentón cayó simultáneamente con el teléfono móvil al piso. Mi padre estaba sentado ahí a su lado, no preguntó nada, simplemente la envolvió en sus brazos.

La gota de sal tirada junto al teléfono en el piso atrajo más de ellas como un imán.

El firmamento se convirtió una vez más como en los últimos meses en el lienzo de un pintor lúgubre, la cálida brisa fue embestida por las fuertes y frías corrientes de aire que a su vez azotaron los árboles, un brillante haz de luz destelló por todo el oscuro lienzo seguido de un

estremecedor sonido que se convirtió en el llamado de las gotas de agua que muy rápido lograron convertirse en un lago. El invierno había regresado de su corto descanso.

Sin preguntar qué ocurría, me levanté del sofá con la guitarra en mis manos, subí las escaleras, entré a mi habitación, cerré la puerta, guardé la guitarra en su cobertor, la colgué en la pared, me acosté en la cama y me quedé mirando al techo. Los llantos de mi madre ya no se escuchaban o tal vez las gotas de agua disfrazaban las gotas de sal.

Traté de ser fuerte; pero fue imposible evitar que brotara una cascada de mis ojos.

Habían transcurrido dos días desde que mi abuelo (el padre de mamá) había sido internado en el hospital local a causa de un grave problema de salud. El hospital acordó ponerse en contacto con mi madre para notificarle cualquier pronóstico del estado de salud de mi abuelo. Aquella llamada telefónica probablemente era del hospital, no quise preguntar nada porque ya suponía lo que ocurría.

Cuando yo era un niño sabía que las personas morían. Pero yo vivía en un mundo de fantasía en el que las personas que quería nunca morían y éramos felices para siempre. La muerte solo visitaba a los demás, no a mí.

Sabía que días oscuros como esos tocarían a mi puerta algún día, pero los veía muy lejanos.

Pensar en la muerte siempre fue algo que me provocaba incertidumbre.

¿Es real el cielo? ¿Qué pasa cuando morimos? ¿Dios existe?

Recuerdo que al hacerme todas esas preguntas me imaginaba atrapado y solo en un mundo vacío.

Si hay vida después de la muerte: ¿Qué haría con mi existencia infinita? ¿Sería como vivir el mismo día por siempre sin sentido alguno?

Entonces prefería que *Stephen Hawking* tuviera razón en decir que somos como computadoras averiadas, simplemente dejamos de funcionar y ya.

¿Nunca te has preguntado, por qué en las películas cuando alguien muere, necesariamente tiene que llover?

Me parecía algo estúpido que esas escenas necesitaran dramatización visual con el fin de transmitir sentimientos al receptor.

¡Qué irónica es la vida! ¿No?

Las gotas de agua despedidas por las nubes parecían perpetuas y cada vez más profusas al igual que las lágrimas que fluían de mis ojos.

Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana de la habitación para observar el lluvioso panorama, casi no se podía ver nada a través del turbio cristal, abrí la ventana, ¡que error más grande! De inmediato comenzó a llover dentro de la habitación, pero antes de cerrar la ventana asomé la cabeza afuera para lavar la sal que tenía en el rostro. Escuché una melodía que sobresaltaba del resto, miré en todas direcciones intentando ubicar de dónde provenía, era casi imposible ver a través de la manga de agua. Otra vez escuché la melodía que lograba resaltar en medio de la borrasca. Quise seguir buscando, pero la lluvia ya comenzaba a reclamar la habitación, cerré la ventana y

me quedé detrás del turbio cristal intentando localizar la fuente de la melodía.

La manga de agua ya comenzaba a desvanecerse, volví a abrir la ventana, miré por la ventana una última vez en busca de la fuente de la melodía. Miré minuciosamente hasta que por fin pude localizar la fuente de la melodía. Me quedé perplejo con una sonrisa dibujada en mi rostro, luego susurré: «nuevos vecinos».

Del otro lado de la calle en el jardín de la casa de enfrente había una chica danzando, saltando, y riendo bajo la lluvia junto con otra niña pequeña de unos cuatro años, tal vez.

Nunca en mi vida había visto a alguien como ella. Literalmente, ya que era la primera vez que veía a esa chica en el vecindario.

Una chica de labios rojos, tez blanca como la nieve, cabello castaño, de mediana estatura; era mi nueva vecina.

He vivido toda mi vida en este vecindario y nunca había visto a ninguna persona que se quedara a vivir más de dos meses en la casa de enfrente, vivieron muchas personas allí pero nunca conocí a ninguna.

Desde el instante en el que vi a mi nueva vecina, de inmediato quise saber su nombre. Hasta no saber su nombre la llamaría «Blanca nieves» en secreto.

La tormenta se detuvo, pero una ligera llovizna continuó el resto del día.

Cerré la ventana y volví a la cama, al día siguiente tendría un día muy difícil.

¿Sabes? Dicen que el amor llega sin avisar y sin buscarlo, él te encuentra en el momento que más lo necesitas.

Gris plomizo

Recuerdo aquel día con todos los detalles. Mis sentimientos desaparecieron al no poder explicar lo que sentía, solo sentía un nudo amargo en la garganta. Como en un filme de Hollywood, el día era gris con ligeras corrientes de aire que avisaban la llegada de una gran tormenta de lágrimas.

Muy temprano en la mañana, mis padres salieron de casa con rumbo a la funeraria para tener todo listo para el funeral de abuelo.

Mi hermana mayor al enterarse de lo ocurrido tomó un viaje de cinco horas por carretera desde Bogotá hasta Villa Concepción.

Eran aproximadamente las once horas con once minutos de la mañana para cuando mi hermana Maileth

llegó a casa. Cuando la vi, ella tenía los ojos muy irritados, supongo que en todo el viaje no paró de llorar.

Yo era el único que estaba en casa cuando ella llegó, la miré y ella devolvió la mirada con un abrazo que se convirtió en mutuo. Más que un abrazo fue un intento de desamarrar el amargo nudo que teníamos en la garganta.

Media hora más tarde mis padres regresaron de la funeraria. Ya todo estaba listo para el funeral.

Aún recuerdo la sala en donde se llevaron a cabo los actos fúnebres. Sala cuatro.

En la sala cuatro además del ataúd y mi familia, había otras personas que no veía desde hacía mucho tiempo, los únicos recuerdos que tengo de ellos son un poco turbios.

En mi vida nunca antes había visto con mis propios ojos un cadáver. No quería ver el interior del ataúd, yo quería tener en mis memorias los momentos compartidos con mi abuelo, pero esa sería la última vez que lo vería.

Con pasos titubeantes me acerqué al ataúd. Allí estaba abuelo como dormido, lo miré a los párpados. Muy dentro de mí alguien decía en voz baja: «¡Abuelo despierta!»

A pesar de su edad muy avanzada, él siempre estaba en constante movimiento.

A lo largo del funeral nunca llore, pero dentro de mí un tsunami me inundaba el alma en silencio. No era necesario dejar escapar mis lágrimas para expresar lo que sentía.

Todos en algún momento de nuestras vidas no veremos más a alguien que queremos. Siempre los llevaremos en nuestros corazones, será difícil no verlos más en nuestros ojos, sino en el reflejo de nuestra memoria, pero nunca nos acostumbraremos a su ausencia.

Mi abuelo fue una persona muy religiosa, a pesar de que yo no soy alguien tan creyente, en aquellos momentos más que en otro momento de mi vida creí en la existencia de un Dios, así mi abuelo me cuidaría desde el cielo.

Partimos de la funeraria con rumbo al lugar donde el cuerpo habitado alguna vez por el alma de mi abuelo descansaría para siempre.

Caminábamos debajo de paraguas oscuros para protegernos de las frías balas que caían del firmamento, Pero no importaba, porque igualmente nos mojábamos con las aguas del mar muerto.

Los paraguas se detuvieron en medio de lápidas adornadas con crucifijos, fechas, nombres, y un verso que perpetuaba el recuerdo del difunto. Algunas permanecían allí desde hacía más de cien años, otras, solo meses. Algunos de los que descansaban en los depósitos habían llegado a vivir un siglo, otros muy desafortunados solo habían vivido un par de años. Por las fechas, y las notas dejadas en algunas lapidas, se podía afirmar que quienes descansaban en ellas no nacieron.

El sacerdote dijo las palabras que usualmente se dicen, entonces el ataúd comenzó a descender mientras llovían flores empapadas por la llovizna y otras por las aguas del mar muerto.

Una última lágrima brotó desde lo más profundo de mí, se deslizó por mi rostro paulatinamente con el ataúd, agarré un puñado de arena, lo arrojé al agujero, suspiré y dije en voz baja: «¡Adiós!»

Ese día fue un espectáculo de estaciones climáticas y emociones mezcladas.

Por la ubicación geográfica de Villa Concepción, las cuatro estaciones climáticas no se presentan.

Después de decir adiós por última vez, mi familia y yo nos quedamos a dormir en casa de abuela. Abuela tenía una mirada triste, ella acaba de perder a la persona con la cual decidió vivir el resto de sus días.

Yo no podía decir que sabía lo que abuela sentía, yo nunca he perdido a alguien de esa forma. Aunque perder a la persona que yo amaba me dolió mucho, quizá algún día la vuelva a ver de nuevo, sería un grave error decir que en aquel momento entendía a abuela.

Al día siguiente retornamos a nuestro hogar ubicado a cinco minutos de casa de la abuela.

En múltiples ocasiones vi a mi madre llorar en silencio intentando ser fuerte. Al igual que mi madre mi guitarra también continuo en absoluto silencio guardada en el cobertor colgado de la pared.

Mi hermana Maileth regresó a la universidad ese mismo día, ella quiso quedarse en casa un par de días más; pero sus horarios universitarios no lo permitían. A pesar de que mis padres me permitieron quedarme en casa hasta que me sintiera anímicamente bien para retornar a la escuela, yo asistí a la escuela primaria el primer día de clases de la

semana. No hace falta decir qué ocurrió con mi padre en los días posteriores, pese a que él anhelaba quedarse en casa para acompañar a mamá, tuvo que regresar al trabajo.

Todos somos iguales antes y después de morir, de nosotros depende si seremos olvidados muy rápido o recordados para siempre.

Algún día todos moriremos, hoy está es nuestras manos hacer algo para no morir en los corazones de la gente.

Siete Días

Tan solo había transcurrido una semana desde que abuelo dijo adiós por última vez. Muy poco tiempo para sanar las heridas provocadas por la añoranza, faltaba mucho tiempo para que las cataratas que nacen en las ventanas con las que vemos el mundo dejaran de recorrer a lo largo de las mejillas y morir en el mentón. El rastro de cinco océanos no desaparecería de la noche a la mañana.

Regresé de la escuela sobre mi skateboard (patineta) en la hora del día que se supone el sol está en su punto más alto. En el cielo solo había grises nubes.

Al llegar a casa estuve unas dos horas en el estudio de papá haciendo mis tareas escolares. Posteriormente subí a mi habitación y me tiré en la cama a dormir.

Eran aproximadamente las seis de la tarde para cuando desperté a causa de un haz de luz crepuscular que

entró por la ventana y se reflejó en mi cara. Las nubes se habían despejado un poco, permitiendo que los últimos rayos solares se asomaran antes de ser asesinados por la noche.

Me levanté de la cama para cerrar la cortina, pero en mi recorrido de la cama a la ventana me quedé contemplando la guitarra colgada en la pared. En ese momento se me pasaron tantas ideas por la cabeza. Mis dedos querían volver a acariciar las cuerdas de la música, pero por otro lado mi corazón me decía que aún era «demasiado pronto».

No pude resistirme a mis instintos. Bajé la guitarra de la pared, el cobertor estaba cubierto de polvo. Saqué la guitarra del cobertor y me senté en la cama, intenté reanudar la melodía que anteriormente había sido interrumpida por el tono del teléfono móvil de mamá.

No me sentí a gusto en la habitación, así que decidí buscar otro lugar para practicar.

Bajando las escaleras consideré que el mejor lugar para practicar sería al aire libre. Un lugar en el que las melodías no se queden atrapadas y puedan viajar libremente.

Decidí salir afuera a la terraza. Me senté en los escalones. También pude haberme sentado junto al árbol, pero el césped estaba muy húmedo.

Apoyé la guitarra en mi pierna derecha, agarré el mástil con mi mano izquierda, seguidamente puse mi mano derecha en la posición inicial, cerré los ojos para evocar la

melodía que sería tocada por mis manos, **«Yesterday-The Beatles».**

Mis manos comenzaron a danzar sobre las cuerdas del instrumento produciendo una hermosa melodía, pero cuando las notas se volvieron más difíciles, fueron como dos patinadores de baile artístico que resbalaban y caían. A pesar de que me equivoqué muchas veces, volví a iniciar el baile sobre el instrumento acústico, pero después de varios intentos comencé a frustrarme. Pensé en entrar, devolver el instrumento a su lugar y renunciar a mi carrera de músico. Cuando quise iniciar mi escapada, sentí la presencia de alguien que se aproximaba, no quise marcharme, quizá quien se acercaba pensaría que me marché al sentir su presencia, entonces decidí tocar por última vez.

Aunque mis dedos danzaron en lugares de la pista donde no debieron bailar, la melodía que resultó no fue perfecta, pero tampoco estuvo mal. Al parecer me desempeñaba mejor tocando bajo presión.

Levanté la mirada para ver a mi espectador. De inmediato pude identificarle, era mi nueva vecina. Mi mirada se devolvió como un boomerang...

—¡Hola! —dijo la chica.

—¡Hola! —devolví el saludo.

—¿Cuál es esa canción que tocabas? —preguntó ella con un poco de intriga.

—Yesterday, de The Beatles —respondí.

—¡Tocas muy bien! —dijo ella.

—¡Gracias! —dije, quise preguntarle si tal vez ella tenía problemas auditivos, porque no tengo ni idea qué escuchó.

Sin antes preguntar, se sentó junto a mí.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó ella.

—Breiner Dalf —respondí.

De inmediato devolví la pregunta:

—¿Y tú cómo te llamas?

—Stacy Steventh —respondió.

—Stacy es un nombre muy bello —pensé.

—¿Sabes? Siempre he querido aprender a tocar un instrumento musical —dijo mientras miraba a la distancia.

—¿Y qué te lo impide? —pregunté.

—Mis padres —dijo.

—¿Por qué?

—Mis padres dicen que yo no me tomo nada en serio —su voz sonó triste.

—Si quieres puedes comenzar por la guitarra, yo te puedo enseñar.

—¿De veras? —preguntó muy emocionada.

—¡Claro! —dije sonando muy entusiasta.

«No sé por qué hice eso. En aquel momento yo no sabía manipular la guitarra por completo y había prometido enseñarle a alguien».

Se escuchó que alguien dijo su nombre.

—¿Crees que mañana después de clases puedas enseñarme? —preguntó.

—¡Claro! Cuando quieras.

—Yo vivo en aquella casa de allá, mi familia y yo nos mudamos aquí hace un par de semanas —dijo señalando con el dedo.

—¡Genial! —dije sorprendido, pero yo ya sabía dónde vivía ella.

Otra vez se escuchó su nombre.

—¡Adiós! Mi madre me llama —se despidió antes de marcharse deprisa rumbo a su casa.

—¡Adiós! Te veo mañana —susurré.

«Claramente Stacy era una chica muy amigable, no tenía problemas para relacionarse con los demás, de seguro tenía muchos amigos».

Me quedé sentado en los escalones por algunos minutos. Ya había oscurecido. Me levanté de los escalones y entré a casa.

Guardé la guitarra en el cobertor y la colgué en la pared. Busqué en toda la habitación el manual de música de la guitarra en el cual estaban las instrucciones de uso, cuidado, partituras, y todo lo relacionado. Más que un manual era mi tutor. Busqué sin detenerme, pero no logré encontrarlo.

«Yo era un niño muy desordenado ¡No me digas que tú no!»

Bajé al estudio de papá, tal vez había dejado el manual allí. Busqué minuciosamente en los estantes de la biblioteca, pero no hallé el libro.

«Antes de que mis padres me obsequiaran la guitarra, yo solía pasar mi tiempo libre con la vista perdida

en historias de fantasía, drama, romance, y hasta de la segunda guerra».

Solo quedaba un lugar más en el que podía buscar. El sótano. Nunca me gustó entrar allí, ese lugar mantenía lleno de cosas viejas e inservibles. Lo peor es que aún las conservan.

Allí estaba yo, en el único lugar de la casa más desordenado que mi habitación. Había un par de cajas (en realidad muchas), vacíe un par de cajas en el suelo. Desordené todo el lugar, aunque la diferencia no era mucha. Finalmente, vacíe todas las cajas en el suelo sin tener éxito en mi búsqueda, pero aún quedaba una última caja que no quise revisar por la apariencia que tenía. No creí que hubiese un manual allí, pero ya que era la única que quedaba, la abrí. En el interior había un par de tv guías, algunas revistas, muchos papeles inservibles, y finalmente el manual. Le eché una ojeada a las páginas, me quedé leyendo detenidamente algunas páginas que nunca antes había leído acerca del cuidado, la limpieza de las cuerdas y la temperatura que debían tener los lugares en los que era apto guardar el instrumento. Decía que en las paredes no se podía colgar el instrumento ya que la madera podría absorber la humedad de la pared.

Tomé todas las cosas que estaban en el suelo y las devolví a las cajas como pude.

Salí del sótano y fui a mi habitación, de inmediato tome la guitarra de la pared y la guardé en el armario. Ya era algo tarde, guardé el manual y me fui a dormir.

Mi guitarra no estuvo muchos días guardada en el armario, a mí me parecía que se veía mejor en la pared.

Nunca antes me había despertado sin ayuda del despertador para ir a la escuela. Ese día desperté antes de que el desesperante tono de la alarma sonara.

En clases miré al reloj en más de una ocasión. Parecía que el reloj se había quedado sin pilas, los minutos se habían convertido en horas, y yo me desesperaba con cada segundo.

Ese día no presté mucha atención a las clases. Únicamente me quería ir a casa.

Al fin el maldito reloj marcó las doce del día, abandoné los pasillos de la escuela lo más rápido que pude, me subí en mi skateboard y viajé a toda velocidad rumbo a casa.

Al llegar a casa me cambié de inmediato el uniforme para esperar a Stacy, no hice mis tareas porque si Stacy llegaba no quería estar ocupado y tal vez ella se marcharía.

Nunca antes me interesó hacer contacto con otro humano que no fuese yo, por esa razón nunca tuve muchos amigos. Sentía la necesidad de conocer a aquella chica. Dicen que en nuestras vidas llega un momento en el que sentimos que algo nos hace falta, nos sentimos incompletos, entonces iniciamos la búsqueda de nuestra otra mitad.

El reloj marcó las dos de la tarde, las tres, las cuatro. Me asomé varias veces por la ventana de la sala con dirección a casa de Stacy. Eran las cinco de la tarde cuando me resigné a seguir esperando a mi nueva aprendiz.

Oscureció y Stacy no apareció.

Después de cenar subí a mí habitación para buscar mi morral y hacer mis tareas. Estaba sentado en mi cama revisando algunos libros cuando escuché una dulce sinfonía que provenía de la primera planta.

—Hola, ¿Breiner está en casa? —era la voz de Stacy.

—Sí —respondió la voz de mi madre.

Rápidamente guardé todos los libros, busqué la guitarra en el armario y bajé antes que mamá me llamara.

Allí estaba ella, sentada en el sofá, al verme sonrió, devolví la sonrisa, me acerqué y me senté junto a ella, la miré y dije:

—¿Estás lista?

—¡Sí!

Lenguaje Musical

La música más que el arte de combinar los sonidos en el tiempo; es el arte de darle una voz a los sentimientos por medio de sonidos.

Cada corazón tiene una melodía que lo identifica del resto y cada quien le da un significado a la melodía.

Tocar una guitarra, un piano, o cualquier otro instrumento musical es algo que muchos pueden aprender. Sacar un sentimiento desde lo profundo de nosotros y ponerlo en un instrumento es algo que muy pocos pueden lograr.

Para escribir una canción no se necesita pluma y papel. En el momento que los sentimientos fluyan nuestro corazón será nuestro papel y nuestra pluma los momentos que hemos vivido.

—¡Iniciemos tu primera clase!

—¡Está bien! —Stacy.

Aquella primera clase de música no fue muy interesante. Para resumir. Le enseñé todo lo que yo había aprendido acerca del lenguaje guitarrístico. Enseñarle a Stacy un nuevo idioma no fue nada difícil.

La joven noche ya comenzaba a envejecer. Stacy interrumpió la clase, me miró y dijo:

—Ya es algo tarde, mi madre me espera.

—¡Está bien! —dije.

Stacy se levantó del sofá y dijo Adiós.

—¡Breiner! ¿No acompañarás a tu amiga a su hogar? —preguntó mi madre.

«Sé que no fue muy caballeroso de mi parte no ofrecerme inicialmente acompañar a Stacy. Sinceramente no sé en qué estaba pensando».

Salimos de casa, miramos a ambos lados de la calle antes de cruzar y llegamos hasta su casa.

—Aquí me quedo yo —dijo Stacy.

—Buenas, noches —dije.

—Buenas, noches.

—Duerme bonito —dije en la seguridad de mi mente.

Al día siguiente después de regresar de la escuela, hice todas mis obligaciones escolares, posteriormente me senté en el sofá con la guitarra a mi lado. Estaba un poco cansado, dejé mis ojos entreabiertos con el temor de dormirme. Si Stacy llegaba y me encontraba dormido de seguro se marcharía.

Stacy llegó más temprano que el día anterior

—Hola, —saludó.

—Hola, —devolví el saludo.

Ella se sentó a mi lado y preguntó:

—¿Tú sabes cantar?

—¡Quizá!

—¿Y tú sabes cantar? —pregunté.

—¡Sí! —dijo muy orgullosa.

—¿Cantarías para mí?

—Sí, pero necesito que toques alguna melodía —dijo.

—¡OK!

Comencé a tocar la guitarra. Nunca antes había tocado de esa forma, las melodías eran perfectas y Stacy…Stacy Steventh cantaba como un ángel. La música se detuvo.

—Cantas hermoso —le hice un cumplido.

—¡Gracias! —dijo con una sonrisa en sus labios.

Nos quedamos inmóviles mirándonos a los ojos. Ella se acercó, y me dio un beso en la mejilla. Fue la sensación más hermosa que jamás había sentido. La miré a los ojos y le dije:

—¡Te quiero!

Escuché una voz y desperté.

—¡Hola!

Aún estaba algo dormido, traté de procesar lo que ocurría. Logré despertar por completo. Lo primero que vi fue el bello rostro de Stacy frente a mí.

—Hola, te quedaste dormido —dijo Stacy utilizando un tono de voz suave.

¿Alguna vez te has quedado atrapado en un mágico sueño?

Si nunca te ha ocurrido, déjame decirte que me alegro por ti.

He soñado cosas hermosas que siempre he anhelado, pero cuando mis ojos se abren todo se queda en el mundo de los sueños. Ese mágico lugar creado por el subconsciente basándose en versiones abstractas de nuestros pensamientos. Que irónico es que el subconsciente sea más consciente que nosotros mismos, ¿No?

—¿Qué hora es? —le pregunté a Stacy.

—Ya casi cae la noche.

—Cuando llegué, tú estabas dormido, no quise interrumpirte, pero comenzaste a hablar dormido, me pareció muy chistoso —dijo entre risas.

Mi corazón latía a toda marcha, ¿Qué cosa había dicho? No me atrevía ni a preguntarle, hasta que tomé valor y le pregunté:

—¿Y que dije?

—No entendí nada de lo que dijiste. Aunque simulaste tocar la guitarra.

«La calma volvió a mí en ese instante».

No pude contener la risa y ella tampoco, me miró, pero no fue para besarme sino para preguntarme:

—¿A cuál escuela asistes tú?

—A una que está cerca de aquí.

—¿Y tú? —devolví la pregunta.

—A la Escuela Primaria North, está un poco lejos.

—¿En qué clase estás? —Stacy.

—Quinto de primaria —respondí.

—¿De veras? Yo Igual —parecía sorprendida.

—¿A cuál escuela secundaria asistirás el año próximo? —fue la mejor pregunta que se me ocurrió para mantener la conversación.

—A High School Young —Stacy.

—¡Genial! Yo igual —mentí, en realidad no sabía a cuál escuela asistiría el siguiente año.

—¡Quizá podamos estar juntos en la misma clase! —dijo Stacy.

—¡Increíble! —agregué.

—¿Y cuántos años tienes tú? —preguntó.

—Doce años.

—Es algo extraño, pero ¡yo también tengo doce años! —ella sonó emocionada.

—¿Qué día naciste? —preguntó tratando de hallar una nueva coincidencia.

—Diecisiete de junio —respondí, de inmediato devolví la pregunta.

—Tres de septiembre —sonó desanimada.

—¡Pensé que quizá habíamos nacido el mismo día! —Stacy.

—¡Que loco! —agregué.

—¿Dónde naciste tú? —Stacy.

—Aquí, en esta ciudad.

—¡Yo igual! —su emoción volvió.

—¿Por qué no te conocí antes? —me pregunté.

Me quedé mirándola a los ojos durante un par de segundos. Ella tenía unos ojos hermosos que atrapaban; de color azul.

—¿Estás lista para la clase de hoy?

—Pienso que volveré mañana, quizá mi madre me espera para la cena, y tengo un poco de hambre —dijo.

—Si quieres, yo puedo preparar unos bocadillos.

—¿Tú sabes cocinar? —se echó a reír.

—¡Sí! —mentí.

—¡OK! —Stacy.

Me levanté del sofá y fui a la cocina. Abrí la despensa, saqué un par de tostadas, las puse en la tostadora, busqué mantequilla y queso en el refrigerador. Para cuando saqué las tostadas de la tostadora ya se habían convertido en carbón.

Stacy se acercó a la cocina y dijo:

—¡Tranquilo! Aún no incendias la casa —dijo en tono de burla.

—Déjame ayudarte —Stacy.

«¿Qué otra opción tenía? Yo no sabía lo que hacía».

Stacy hizo el mismo procedimiento, solo que no dejó quemar las tostadas.

«Resulta que la tostadora tenía un par de botones, los cuales tenían que ser configurados».

Luego nos sentamos en el sofá a deleitar los bocadillos. Interrumpí para preguntarle algo a Stacy.

—¿Tú sabes cantar?

—Me gusta cantar, pero no sé si lo haga bien —respondió.

—Me gustaría escuchar cómo cantas.

—Lamento decepcionarte, pero eso no pasará — Stacy.

—Sí yo canto ¿Tú cantas? —pregunté.

—¡Sí! Pero canta tú primero —propuso.

—Tú primero —dije.

—Sí yo canto primero, después tú no cantaras — argumentó.

—Claro que cantaré —dije, pero mi risa me delató.

Después de comer. La guitarra se interpuso entre nosotros. Cuando la noche comenzó a perder su juventud, Stacy se marchó con mi compañía.

«Esa noche cuando regresé a casa, pregunté a mis padres cuál sería la escuela a la que asistiría el año próximo. Al parecer, eso ya estaba decidido desde antes que yo naciera. Iría a la institución donde mi padre había estudiado en su juventud. Por más que insistí en ir a High School Young, mi opinión no valía».

Durante semanas traté de convencerlos. No tienen ni idea todo lo que tuve que hacer para conseguir la aprobación de mis padres para ir a High School Young. Mi cuarto no estuvo desordenado durante meses. Al final todo mi esfuerzo valió la pena. El año siguiente asistiría a «High School Young» junto con Stacy.

Aprendiendo a Amar

Transcurrieron dos semanas desde la primera vez que vi a Stacy frente a mí. En los días posteriores a nuestro primer encuentro, ella fue a mi hogar a tomar clases de guitarra.

Un día después de salir de la escuela, más temprano de lo común, recordé el nombre de la escuela primaria a la que asistía Stacy. Así que me subí en mi skateboard y emprendí un viaje en dirección a la «Escuela Primaria North».

Alguna vez tuve un pequeño paseo en mi skateboard. Recordé que había transitado por la calle en la que estaba esa escuela.

Fue un viaje de unos pocos minutos. Al llegar me detuve del otro lado de la calle enfrente de la institución.

Miré hacia la escuela como buscando algo. El tono de un timbre electrónico retumbó en el interior de la escuela. Los estudiantes comenzaron a salir, algunos se alejaron en bicicletas, algunos en patinetas, otros los vinieron a buscar sus padres y unos muy pocos abandonaron el lugar caminando.

Logré ver una hermosa carita entre la multitud:

«Stacy», susurré.

Ella estaba con otras chicas. Supuse que eran amigas o compañeras. Una a una sus amigas se despidieron hasta que solo quedó ella mirando en todas direcciones como esperando a alguien. Me subí en mi skateboard e hice un movimiento para atraer su atención con ingenio. Ella giró su cabeza hacia mí, solo como reflejo, pero al identificarme se acercó corriendo hacia mí con una sonrisa en sus labios.

—Hola, ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó asombrada.

—Solo pasaba por aquí —mentí. Perfectamente sabía por qué estaba allí.

—¿Esperas a alguien? —pregunté.

—Sí, espero a mi madre —en su voz se podía notar el desasosiego.

—Tal parece que tu madre no está aquí —agregué.

—No lo había notado —dijo sarcásticamente.

—Si quieres te puedes ir conmigo —proseguí.

—¿Alguna vez has practicado skateboarding? —pregunté.

—Nunca antes me he subido en esas cosas —dijo, intentado evadir la tabla con ruedas.

—Siempre es tiempo de aprender algo nuevo —dije.

Me bajé de la tabla, me quité el casco de seguridad y se lo coloqué a ella. Tomé su mano y la invité a subirse. Antes le enseñé pequeños trucos para controlar la tabla.

—¡No! ¿Qué haces? ¡Me da miedo! ¿Y si me caigo? —ella estaba muy asustada.

—No te ocurrirá nada —traté de tranquilizarla.

—¡Aquí vamos! —mi voz empeoró las cosas.

Comencé a darle impulso a la tabla para lograr que entrara en movimiento (obviamente), Stacy estaba muy asustada. En ocasiones gritó hasta el límite de llorar. El tortuoso paseo para Stacy terminó. Llegamos a nuestro vecindario. Ella se bajó de la tabla.

—¡Te odio! —dijo enojada.

Me eché a reír. Ella sonrió.

«Yo sabía que ella no estaba enojada, solo estaba asustada».

—¿Y qué tal si hoy voy yo a tu casa? —le pregunté.

—¡Está bien! Te enseño mi casa para que mires en qué lugar podemos practicar —me tomó de la mano y caminamos a su casa.

La madre de Stacy estaba en la cocina. Se sorprendió con la llegada de Stacy:

—Hola, hija ¡perdón! Me olvide completamente de pasar por ti a la escuela —dijo la madre de Stacy.

—Si no me dices, no me doy cuenta —dijo Stacy utilizando su tono de voz sarcástico. No pude contener la risa.

La madre de Stacy me miró y le preguntó a Stacy:

—Hija y él... ¿Quién es?

—Él es con quien llegué a casa. El vecino. Él es Breiner —dijo Stacy.

—Entonces él es El Famoso Breiner —agregó la madre de Stacy.

— ¡Mamá! —Stacy se sonrojó. También estaba avergonzada.

«¿Famoso?», me pregunté. Fue una situación muy embarazosa.

—Mamá, ¿Crees que Breiner pueda venir a casa al atardecer?

—¡Claro! —dijo la madre de Stacy.

—¡Gracias ma'! —Stacy.

Una niña apareció en la sala, no pude evitar preguntar quién era:

—¿Quién es ella? —le pregunté a Stacy.

—Ella es Ally, mi hermanita —Stacy.

«Era la misma niña que jugaba con Stacy Bajo la lluvia aquel día».

Me despedí de Stacy, de su madre y de la pequeña Ally. Me marché a casa. Como todos los días hice mis tareas escolares.

Aquel día al igual que casi todos los días del año 2010, estuvo plagado de tinieblas. Miré en más de una ocasión al reloj colgado encima de la chimenea para saber si era hora de ir con Stacy.

Al llegar a casa de Stacy ella me recibió en la puerta. El saludo paulatino no se hizo esperar.

—Pasa, por favor, —Stacy.

Nos sentamos en el sofá ubicado en medio de la sala frente a la Tv. La clase de música inició. La madre de Stacy se acercó a contemplar el espectáculo. Pensé que interrumpiría, pero solo cuando la clase terminó, me preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas tocando?

—No mucho tiempo

—¿Dónde aprendiste a tocar?

—Yo aprendí solo —aunque debía sonar orgulloso no lo hice.

—¿De veras?

—Sí, de esta forma, se desarrolla más la mente al aprender mediante análisis, prueba y error —sí, ese era yo.

—¡Vaya! Eres un niño raro —dijo la madre de Stacy.

Me habían llamado tantas veces de esa forma que ya no sabía si decir gracias, «raro» era algo normal para mí.

—¿Cuándo me regalaras una guitarra? —Stacy le preguntó a su madre.

—Veo que estás algo comprometida con esto, hablaré con tu padre —dijo la mamá de Stacy.

—¡Gracias ma'! —Stacy.

En ese momento la incertidumbre invadió mi cabeza. Fue imposible no preguntar:

—¿Y tu padre? ¿Dónde está? Nunca lo he visto —le pregunté a Stacy.

—Lo sé, yo tampoco lo veo mucho, él sale muy temprano en la mañana a trabajar y regresa muy tarde por la noche —respondió, creí que tal vez utilizaría un tono de voz triste, pero no fue así.

—Entiendo —dije. No había alguien que entendiera esa situación más que yo.

El frío atardecer gris y tétrico se convirtió en una oscura bóveda. Me despedí de Stacy y su madre. Antes de ir a casa, Stacy preguntó:

—¿Volverás mañana?

—¡Claro! Y si no aparezco ve a mi casa, tal vez el sofá me devoró —dije entre risas.

Al salir de casa de Stacy me detuve en el jardín. Apunté la vista a la bóveda celeste en busca de la luz de las estrellas. Desde que el invierno comenzó las estrellas se refugiaron en sus cuevas para protegerse del frío. Desde hacía varias semanas no se podían ver las estrellas, a causa de que el cielo estaba plagado de grises y oscuras nubes.

La vida es tan irónica. El invierno es la estación climática más tétrica del año. El cielo solo llora todo el día, el firmamento se convierte en el lienzo de un pintor lúgubre. Todo parece como sin vida, pálido y melancólico. Pero es esta estación triste la que les da felicidad a las demás. Sin ella las otras no se podrían vestir de flores, no cambiarían la piel, y no crecerían bajo el calor de los rayos solares.

Otro día igual al anterior. Despertar temprano por la mañana para ir a la escuela, contar las horas para salir de la escuela, y al final en una pequeña parte del día ser feliz.

Cuando las clases terminaron me subí en mi skateboard y viajé un par de calles en sentido contrario a mi hogar. Es decir. En dirección a la Escuela Primaria North. Al llegar al lugar me quedé esperando en la misma acera

que aquel día. Esperé unos pocos minutos hasta que los estudiantes comenzaron a salir. No sé si Stacy esperaba verme, ya que en el momento que me vio no reaccionó con asombro, pero sí muy feliz. Se acercó corriendo hasta mí y preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo muy feliz.

—¡Solo trataba que no te fueras a casa sola! —dije en la soledad de mi mente.

—Solo pasaba por aquí —dije.

—Mi madre debería de estar aquí ya —dijo Stacy mirando al infinito.

—No veo a tu madre —agregué.

—¡Lo sé! De seguro se ha olvidado de mí —dijo.

—Te puedes ir conmigo, ¿Te quieres subir en mi skateboard?

Stacy me miró, frunció el ceño. Únicamente Sonreí. Era obvio que ella no quería subirse en mi tabla.

—¡Tengo una mejor idea! —Stacy.

Me tomó de la mano y dijo: «caminemos a casa».

Caminamos juntos a casa. En una mano llevaba mi skateboard y en la otra, la personita que le ponía dulce a mis días.

—¿Y cómo te fue en la escuela? —preguntó Stacy en un intento de romper el silencio.

—¡Bien! Ya sabes lo mismo de siempre —era todo lo que tenía para decir.

El silencio volvió a ser protagonista hasta que devolví la pregunta.

—¿Y qué tal te fue a ti?

Stacy comenzó a hablar acerca de muchas cosas. Sinceramente no escuché nada de lo que decía. Solo le puse atención a escuchar el tono de su voz. En ocasiones giré la cabeza para contemplar el bello rostro que estaba a mi lado.

Cada paso que dábamos nos alejaba más de la escuela y nos acercaba más a nuestro vecindario. Yo suplicaba que la calle jamás terminara, la sensación de su mano abrasada con la mía era inexplicable. La calle terminó.

—¡Adiós! —dijo Stacy.

—¡Adiós! —respondió mi tétrica voz.

—¡Suelta mi mano para que me pueda ir! —Stacy.

—¡Claro! —aún no solté su mano.

Ella me dio un beso en la mejilla y dijo: «te veo en la tarde».

Esa fue la única forma para que yo soltara su mano.

Al llegar a casa busqué el manual, la guitarra y me senté en el sofá a tocar a solas. Ese día decidí tocar una nueva melodía. Mientras buscaba una nueva partitura en el

manual, hubo una que logró captar mi atención. Recuerdo muy bien el título de la canción, «**Romance Anónimo».**

Lo que en realidad captó mi atención fue el autor de la canción. Era anónimo. «Romance Anónimo» era en mi opinión una declaración de amor en secreto. Quizá el autor temía decir lo que sentía. Tal vez su miedo por dejar salir sus sentimientos le costó la pérdida de su amor y entonces un día cuando estaba acompañado nada más por la soledad recordó a su amor. Entonces escribió «Romance Anónimo», una declaración de amor en secreto.

A pesar de que Romance Anónimo captó mi atención, no practiqué esa melodía.

Toda la tarde practiqué una nueva canción para mostrarle a Stacy. Aunque hasta el momento no había logrado tocar correctamente la única melodía que sabía, decidí aprender otra.

Cuando el reloj marcó las cinco de la tarde tomé la guitarra y fui a casa de Stacy.

Tok… Tok, toqué la puerta. Stacy abrió

—Mejor vamos a tu casa —Stacy sonó enojada.

Preferí no preguntar nada. Solo Caminamos en silencio hasta mi casa.

Aquella era una tarde pálida como todas las anteriores desde que el invierno comenzó. A pesar de que era invierno, no había llovido en días. Las nubes simplemente entristecían el cielo y se quedaban allí.

La melodía que había aprendido la pondría en práctica con Stacy. Después de tantas clases de únicamente

teoría, había llegado el momento de que Stacy tocara su primera canción.

—¿Estás lista para leer tus primeras notas? —pregunté.

—¡Veamos! —su voz sonó algo nerviosa.

Busqué la partitura en el manual y se la enseñé.

—Intenta tocar esta melodía —dije.

«A Time for Us (Love theme from Romeo and Julieth) -Nino Rota. »

Me sentí tan orgulloso de mi estudiante. Ella solo llevaba un par de semanas practicando y ya era capaz de hablar mediante el lenguaje musical.

La melodía ya no se podía escuchar con claridad. Pero no era porque Stacy tocara mal, sino porque las nubes habían decidido que ya era tiempo de llorar.

Stacy se levantó del sofá y dijo:

—Será mejor que ya me vaya —ella aumentó el tono de voz para lograr transmitir el mensaje.

—Te acompaño —agregué.

Corrimos por la calle juntos bajo la lluvia hasta llegar a su casa. En todo el recorrido no paró de reír, no sé por qué. Stacy se veía tierna y hermosa con el cabello mojado. Reí cuando se despidió frente a la puerta de su hogar con una voz que titilaba del frio. Volví corriendo a casa.

Posterior a ese día el invierno comenzó a morir. Las estrellas salieron de sus cuevas y el sol borró la pintura tétrica y lúgubre del cielo.

El año ya casi finalizaba.

Una noche el servicio eléctrico de la ciudad fue suspendido por un par de horas. Me percaté que era 28 de noviembre (La lluvia de estrellas). Salí afuera y me senté junto al árbol de roble amarillo del jardín a contemplar la bóveda celeste. Ya que la luminiscencia de las farolas de la ciudad había desaparecido. La luz de las estrellas se podía admirar sin problemas. Sentí movimiento a mi lado, quité la mirada un instante del firmamento para tratar de ver quién se acercaba.

—Hola, soy yo —dijo la voz de Stacy.

Stacy se sentó a mi lado, recostó su cabeza en la corteza del árbol, dirigió la mirada al firmamento como tratando de encontrar la mía.

—¿Cuentas las estrellas? —preguntó, no permitió que yo respondiera la pregunta, porque de inmediato dijo:

—No acabarás, porque son muchas, casi que infinitas —dijo sin quitar la mirada del firmamento.

Una estrella fugaz. Tal vez un pequeño asteroide. Pasó frente a nosotros.

—¡Cierra los ojos y pide un deseo! —dijo Stacy.

Cerré los ojos y dije: «deseo que nunca te vayas de mi lado».

Sentí una bella sensación en mi mejilla, abrí los ojos y escuché la voz de Stacy que dijo: «adiós».

Pasé mi mano por mi mejilla como queriendo acariciar la huella de sus labios. Sonreí.

Éramos dos enamorados y ninguno se atrevía a decírselo al otro.

Me quedé solo en la oscuridad contemplando los fantasmas del firmamento, intenté contarlos, pero había demasiados. Eran infinitos. Las farolas de la ciudad se encendieron y las estrellas desaparecieron frente a mis ojos.

Aquel fue nuestro último año antes de ingresar a la escuela secundaria. Yo me gradúe con honores de mi clase. En cuanto a Stacy, ella no me contó mucho acerca de eso. Cuando regresamos de la pequeña ceremonia estuvimos hablando de lo que se venía para nosotros el año próximo. Ya veíamos el mundo en otro canal.

La Navidad llegó. Muy temprano en la mañana del 25 de diciembre desperté. De inmediato revisé el árbol de Navidad, encontré un juego de pintura. No supe por qué había recibido aquel regalo cuando yo había pedido previamente un telescopio.

«Hoy después de tantos años entendí que aquel juego de pintura me lo había obsequiado mi padre como intento de meterme en el mundo de la arquitectura. Supongo que mi padre quería que estuviera preparado para dibujar planos de construcción».

Stacy llegó temprano por la mañana a mi casa. Papá Noel le había regalado la guitarra que ella tanto había pedido.

2010, fue un año que cambió mi vida. Aprendí a amar. Perdí mucho, pero también gané demasiado. El invierno de 2010 estará por siempre en mis recuerdos, nunca olvidaré todo lo que viví en aquel invierno que trajo consigo el amor y la muerte.

Horas Finales

Había llegado el último día del calendario. Mi hermana había llegado a casa un par de días antes. Para mi familia fue un día muy ajetreado. En estos días mi familia organizaba pequeñas reuniones familiares para despedir juntos el año.

Al caer la noche Stacy llegó a casa. Estuvimos charlando por varios minutos en el sofá acompañados nada más por el otro. Eso hasta que mi hermana Maileth interrumpió para preguntar:

—¿Quién es ella?

—Ella es Stacy, mi amiga —respondí muy orgulloso.

—Él me enseña a tocar guitarra —agregó Stacy.

—¿De veras? —dijo Maileth algo sorprendida.

—Entonces, ¿Sabes tocar mejor la guitarra? —Maileth me preguntó.

—¡Sí! —respondí.

—La última vez que vine tocabas horrendo —dijo Maileth entre risas.

—Si quieres puedo tocar algo —le propuse a Maileth.

—¡Te quiero escuchar! —Maileth.

—Subiré a buscar mi guitarra —dije. Posteriormente subí a mi habitación.

Al alejarme de la estancia, Maileth y Stacy establecieron una conversación. Para cuando regresé Stacy ya no estaba.

—¿Y Stacy?

—Ella se marchó a su casa. Al igual que nosotros, pasará la noche en familia —argumentó Maileth.

Me hubiese gustado tocar la melodía bajo la mirada de Stacy. Durante semanas había practicado una melodía. Ese día la tocaría para mi familia. Cuando mi recital acabó fui ovacionado por mi familia.

«Recuerdo que Maileth tomó varias fotos con su teléfono móvil, algunas sin previo aviso, otras ya planificadas».

La última hora del año estaba en agonía. Faltaban pocos minutos para que acabara el año. El reloj marcó las cero horas indicando que oficialmente 2010, solo era un recuerdo. Todos salimos afuera a la calle a observar como el cielo era bombardeado de colores. Fui sorprendido una vez más por la llegada de Stacy, me abrazó y susurro a mi oído: «¡Feliz año!»

«¡Espero que este año lo pasemos juntos!», quise susúrrale al oído, pero solo lo pensé.

—¡Feliz año! —le dije al oído en lugar del primer mensaje que se quedó sin voz.

Nuestros brazos se desenlazaron, Stacy me dijo algo que me partió en miles de pedacitos:

—En los próximos días iré de vacaciones a la playa con mi familia —dijo entusiasmada.

—¿Y cuándo vuelves? —aumenté el tono de voz para lograr que mi voz se escuchara en medio del ruido de los fuegos artificiales, también para esconder mi tristeza.

—Regresaremos cuando acaben las vacaciones —dijo.

—En un mes —murmuré.

En la mañana siguiente viví lo típico del 1 de enero; la pereza te invade el alma, las calles están completamente desoladas como si la noche anterior un apocalipsis zombi hubiera tenido lugar, y ese maldito sol incandescente en el cielo.

Esa misma semana. Muy temprano por la mañana, Stacy vino a casa para despedirse antes de irse de vacaciones.

—Hola, ya me voy. Quería despedirme —dijo Stacy.

La envolví en mis brazos. Le dije al oído: «hasta pronto».

Vi cómo Stacy se marchaba con su familia mientras agitaba su mano y sonreía detrás de la ventana del automóvil, agité mi brazo al aire queriendo decir: «hasta pronto».

No sé qué haría en los próximos días. En tantos años de vivir en este vecindario ella había sido la única amistad

que había conseguido. Antes de que Stacy y su familia se mudaran aquí. La calle 12ª era la calle más solitaria de toda la ciudad. Pero no era precisamente por la presencia de su familia, sino por ella que era mi compañía. Aún después de su llegada la calle siguió siendo igual de solitaria, solo que mi vida ya no lo era. Ya no sentía que vivía en la calle 12ª de Villa Concepción.

Ella. Stacy. Mi única compañía. Siempre la vi con otros ojos.

En las semanas siguientes solo me quedé en casa a practicar con la guitarra. Todos los días echaba un vistazo a las páginas del calendario para calcular cuántos días faltaban para que Stacy regresara.

Estaba en mi habitación cuando una idea en forma de melodía llegó a mi cabeza. Desde que conocí a Stacy me hizo sentir diferente, la forma en que me miraba, como me trataba, todo lo que sentía cuando ella estaba a mi lado. Cuando estábamos juntos éramos uno solo con el universo, nos reíamos de lo más mínimo y estúpido. Era obvio que sentíamos algo por el otro, pero no éramos capaces de decirlo.

Tuve la gran idea de decir todo lo que sentía por ella. Lo haría de la forma que mejor sabía; a través de la música.

Me encerré durante días para atrapar mis sentimientos en una melodía. Al principio me dieron ganas de renunciar, pero cada vez que lo intentaba aparecía su rostro en mi mente convirtiendo mis ojos en luceros.

Sentimientos Sonoros

Con un lápiz entre mis dedos y una guitarra apoyada en mis piernas, intentaba encontrar el sonido de mis sentimientos. Solo dejé que la música fluyera a través de mis venas. Toqué hasta que mis dedos pintaron con una sustancia roja y viscosa las cuerdas de la guitarra, canté hasta que mi voz desapareció, escribí hasta que el lápiz fue consumido por el papel. Aún no había encontrado el sonido de mis sentimientos. Tenía mucho trabajo para poder hallar la melodía que buscaba. No eran mis dedos, ni siquiera mi voz, mucho menos mi mente la que trabajaba para encontrar un sonido especial. Era el órgano que me mantenía vivo el que trataba de hallar una melodía que simplificara algo tan bello y complejo como el amor.

Una tarde me sorprendió la noche en mi habitación, estaba sentado junto a la ventana cuando el crepúsculo pasó

desapercibido frente a mis ojos. Miré al firmamento intentando visualizar las estrellas, pero la luminiscencia de las farolas de la ciudad deslustraba la luz de estrellas.

«El hombre destruye todo lo bello de la vida. La luz artificial de las ciudades impide que la luz de las estrellas que viajan millones de años luz hasta llegar al planeta tierra no pueda ser vista».

Tras varios días mi gran búsqueda sonora había terminado. No podía esperar un minuto más para cantarle a Stacy la melodía que mi alma había hecho para ella.

Faltaban un par de días para mi primer día de clases en la secundaria. Stacy aún no había regresado. No pasó un día desde su partida en el que no pensara en ella.

Ladrona de sueños

Un nuevo año y una nueva etapa en mi vida comenzaban. Había llegado mi primer día de clases en la secundaria.

En esta etapa de la vida muchos averiguan qué quieren ser. Muchos ya tenían sueños antes de llegar allí, pero la secundaria les arrebató sus sueños y esperanzas.

Muchos pierden sus sueños al escuchar las voces del mundo: «es imposible» «no lo lograras» «tienes que conseguir un trabajo» «piensa bien lo que quieres».

Solo quienes deciden escuchar su voz interior confían en que lograrán sus metas, saben que no es imposible, el dinero es algo común y saben bien lo que quieren. Otros muchos simplemente siguen al resto y renuncian a sus sueños.

High School Young era una de las escuelas de estudios secundarios más importante de la ciudad, por esa razón antes de ser aceptado presenté un examen de admisión. Fue un examen no muy fácil pero tampoco difícil. Una semana después de presentar el examen de admisión mis padres fueron notificados por High School Young. Cuando leí el mensaje en lo primero que pensé fue en Stacy.

Muy temprano en la mañana desperté para prepararme para mi primer día de clases en High School Young. Mientras me ponía el uniforme de mi nueva escuela eché un vistazo por la ventana. Stacy aún no regresaba de sus vacaciones.

Mi padre iba de camino al hospital en el que trabajaba, por lo que él me llevó hasta mi nueva escuela en su automóvil. En todo el recorrido no paré de temblar. Pero no era por la calefacción del automóvil, ni mucho menos porque el sol aún no calentaba la ciudad. Sino porque los nervios me habían capturado.

Finalmente, llegamos a High School Young. Con dificultad me bajé del automóvil, mi padre se despidió y emprendió su viaje hasta su lugar de trabajo. Antes de entrar a la infraestructura de la escuela me quedé parado observando el lugar. Enfrente de la escuela estaba ubicado un hermoso parque. La fachada de la escuela era muy intimidante. Una gran fachada pintada con los colores rojo, blanco, y verde, un escudo metálico incrustado en lo más alto de la edificación, y un par de banderas ondeando con el viento.

Esa escuela sí que era intimidante y aún más para mí que era «El Nuevo».

Ya dentro de la escuela miré en todas direcciones para tal vez identificar un rostro conocido, pero no fue así. Había un grupo de estudiantes observando una cartelera, claramente se podía deducir que eran nuevos como yo. Supuse que debía ir hasta allá. En la cartelera había nombres y números, no podía ver con claridad. Esperé hasta que algunos estudiantes se marcharon. Me acerqué a la cartelera, coloqué mi dedo en lo más alto de la lista y lo deslicé hasta abajo tratando de hallar mi nombre. Cuando me disponía a leer, alguien interrumpió tocándome el hombro, giré la cabeza hacia la izquierda:

—¿Stacy? —murmuré en mi asombro.

Me quedé estupefacto. Quise decir algo, pero ella se me adelanto. Me dio un beso en la mejilla, luego me abrazó y susurró a mi oído: «te extrañé».

Por primera vez dije mis pensamientos en voz alta:

—¡Te eché de menos! —por vez primera saqué mis pensamientos al aire.

Me miró y preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Por segunda ocasión no dejó que respondiera su pregunta, me tomó de la mano y me llevó con ella. Entramos a un salón. Antes de entrar al aula noté que en la puerta estaba escrito el número seiscientos dos.

Como era de costumbre me senté en el último lugar de la clase, Stacy se levantó de su lugar y caminó hasta en donde estaba sentado yo.

—¿Qué haces aquí atrás? —preguntó Stacy.

—¿Sabes que quienes se sientan aquí atrás no hacen nada? Tú no perteneces aquí —dijo, en ese momento no supe si hablaba Stacy o mi madre.

«Pero también se sientan los tímidos que preferimos la soledad», pensé.

Stacy me llevó hasta adelante y me invitó a sentarme en un lugar junto a ella.

«Durante toda mi vida escolar siempre me había sentado en el último lugar de la clase y había sido el mejor. Me sentaba en el último lugar acompañado nada más por la soledad. No quería hacer amigos, solo quería estudiar. Nunca me gustó hacer trabajos en grupo y cuando se presentaba la situación en la que debía hacerlo, primero le preguntaba al tutor si era posible trabajar solo».

El tono de una campana electrónica retumbó en toda la institución indicando que oficialmente mi primer día de clases en High School Young comenzaba. Un profesor de gran estatura ingresó al aula, dijo su nombre, el cual ya no recuerdo. Era el profesor de historia. Durante treinta minutos solo habló de sus aptitudes como maestro y los logros que debíamos alcanzar nosotros como estudiantes. La campana electrónica emitió su tono por segunda vez, la clase terminó, el profesor de historia o quizá el de aptitudes se marchó, casi de inmediato otro tutor ingresó al aula. El siguiente tutor simplemente se presentó e inició la clase. La clase transcurría con total normalidad hasta que el profesor se detuvo a hacer una pregunta. Yo sabía la respuesta, pero no levante la mano, aún no me había adaptado a mi nuevo

hábitat. Algún estudiante levantó la mano y respondió la pregunta.

El tono de la campaña electrónica retumbó por tercera vez, el profesor se retiró y otro ingresó. Y así hasta que llegó la hora del descanso. No sabía que la hora del receso había iniciado, solo lo supuse al ver al resto de mis compañeros abandonar el aula.

Durante todo el receso estuvimos juntos. Fuimos a la cafetería escolar, en el recorrido Stacy saludó a muchas personas que conoció en su escuela primaria.

Por ser yo la persona con quien ella compartía su tiempo me gané la simpatía de algunos cuantos, en el instituto, así como la envidia de otros.

La hora del descanso terminó, volvimos al salón de clases. Tras horas y horas de exponer nuestras mentes a palabras, formulas, números y otras muchas cosas aburridas. Finalmente, mi primer día de clases terminó.

Nuestros padres nos habían dicho que debíamos regresar a casa en autobús. Mientras esperábamos la ruta, Stacy y yo hicimos un recorrido por el parque. El parque tenía algunas bancas de madera, una fuente, algunos juegos y una estatua ubicada en medio de la arboleda en honor de ***Francisco de Paula Santander.***

Stacy era una chica llena de vida. Cuando por sus ojos se pasaron los juegos del parque (que supongo eran para niños), de inmediato se subió en uno de ellos, fui tras ella para asegurarme que no le ocurriera nada, como era de esperarse, se lastimó. Stacy se subió en una barra, hizo una maniobra y resbaló. Me acerqué rápidamente para ayudarla a levantarse:

—¿Estás bien? —pregunté preocupado, pero sabía que ella estaba bien.

—¡Sí!

—¡Vámonos a casa! —dije.

Habíamos perdido el autobús que cubría nuestra ruta. Esperamos sentados en una banca bajo un joven árbol de almendro junto a la parada del autobús. Interrumpí el silencio para decir:

—Tengo algo que quiero mostrarte —dije emocionado.

—¿Qué? —Stacy no mostró mucho interés.

—Una canción que compuse —dije.

Stacy apoyó su brazo en mi hombro, lentamente giró su cabeza hacia mí, sonrió y dijo:

—¿Hiciste una canción? —preguntó muy intrigada.

—¡Sí! —respondí.

—¿Y cantaras? —su intriga aumentó.

—¡Sí!

—¡No puedo esperar a que cantes! —sonó muy emocionada.

—¡Pero no te vayas a reír! —dije entre risas.

—¡Claro que no! —Stacy trató de ocultar una pequeña carcajada.

Finalmente, el autobús de nuestra ruta llegó. De camino a casa pregunté a Stacy:

—¿Y cuándo llegaste?

—Hoy —respondió sonriente como diciendo: «me encanta estar de vuelta».

—¿Por qué no te he visto cuando llegaste?

—Tuvimos un pequeño problema —dijo.

No pregunté cuál había sido el problema que habían tenido, pero igual ella me lo dijo:

—Pensábamos llegar la semana pasada, pero el automóvil de papá se averió el día que teníamos pensado viajar, así que tuvimos que esperar a que lo repararan y eso solo ocurrió hasta el domingo en la tarde. Llegamos por la madrugada, pensé en ir a saludarte, pero de seguro aún dormías —dijo.

El autobús se detuvo. Habíamos llegado hasta nuestro destino, Stacy me dio un beso en la mejilla para despedirse.

—Te veo en el atardecer para que me muestres la canción que has hecho —dijo.

No sé en qué momento nuestro saludo había tomado la forma de un beso en la mejilla. No faltaba mucho para el atardecer. Stacy debió decir: «te veo en tres horas».

Durante esas tres horas en las que debí hacer mis tareas de la escuela, practiqué la canción que había hecho para Stacy. Aunque no era necesario practicar la melodía,

ni entonar mis cuerdas vocales. Era imposible que olvidara una parte de mí.

Cuando el sol comenzó a ocultarse, tomé mi guitarra, la puse en mi espalda y salí de mi habitación con rumbo a casa de Stacy. Ella me dijo que vendría a casa, pero yo no podía esperar un segundo más.

Me detuve en la puerta de mi hogar al ver que ella se aproximaba.

—¡Ya estoy lista para escuchar tu canción! —sonó muy emocionada.

—Y yo estoy listo para cantarla —dije.

Letras del corazón

Muchas veces había ocultado mis sentimientos. Había llegado el día en el que todo lo que sentía volaría libremente fuera de mí.

Nos sentamos en el césped bajo el árbol de roble amarillo.

—Esta canción se llama «Latido anómalo» y la escribí para ti -dije. Por primera vez mis nervios habían desaparecido.

Miré a Stacy directo a los ojos, pude ver que se sonrojó, devolví la mirada a las cuerdas.

Con el corazón en mis manos y el alma en mi voz, entoné la melodía de mis primeros sentimientos.

«Latido Anomalo»

Te vi por primera vez/ a través del cristal/ yo lloraba para dejar ir la oscuridad/ tú danzabas bajo el cielo.
Ese día yo entendí qué es el amor/ tú eres/ tú eres.
La chica de los ojos hermosos/ del cabello perfecto/ de labios rojos/ tú eres.
Con la oscuridad entrando en mi corazón/ tú te convertiste en mi otra mitad.
Tú eres mi primer amor/ la dueña de mi corazón/ la sangre en mis venas.
Yo estaba encerrado por la muerte/ tú me hiciste sentir como un loco/ un joven capturado en un sueño/ y ahora no soy el mismo/ yo soy feliz con verte solo un instante.
El azul de tus ojos se convirtió en mi cielo/ en la solución azul que me hace sonreír.
La chica de los ojos hermosos/ del cabello perfecto/ de labios rojos/ mi primer amor/ la dueña de mi corazón.
Tú eres.
Yo quiero compartir mi tiempo contigo.

Toqué la última nota de la canción mientras miraba directo a las estrellas que se habían convertido en los ojos de Stacy. Nos miramos fijamente a los ojos sin pronunciar una sola letra. Las palabras no podían expresar los infinitos sentimientos que sentíamos. Nos acercamos paulatinamente al otro y juntamos nuestros labios para decir: «te quiero».

Una frase formada por dos palabras, así como un sentimiento formado por dos corazones. El sol moría en el horizonte y dentro de nosotros crecía algo bello llamado amor. Poco a poco comenzaban a aparecer las estrellas en el firmamento, pero las únicas estrellas que quería ver eran las que tenía frente a mí.

El instante en el que nuestros corazones dejaron las palabras a un lado terminó. Nos miramos a los ojos, utilizar las palabras en ese momento sería una tontería. Nos recostamos en el césped con la mirada perdida en los ojos del otro. El silencio fue protagonista por un largo tiempo.

—Ya me voy —dijo Stacy utilizando una tonalidad de voz suave. Me besó en la mejilla y se marchó con prisa.

Me quedé sentado en el césped viendo cómo Stacy se alejaba con la llave de mi corazón en sus manos.

Al día siguiente en la escuela nos comportamos como dos completos desconocidos. En clases ella me miraba y yo desviaba la mirada, y viceversa. El tutor detuvo la clase para preguntar algo. Yo sabía la respuesta. En aquella ocasión no había razón para guardarme las palabras, levanté la mano, el profesor me dio la palabra y respondí correctamente su interrogante.

—¡Bien! —dijo Stacy. Ese fue un claro intento de reducir la tensión entre nosotros.

En toda la hora del descanso Stacy y yo, estuvimos juntos, pero no nos dijimos ni una sola palabra.

Regresamos a casa sentados en el mismo asiento del autobús e igualmente el silencio fue el único protagonista.

El autobús se detuvo en nuestra parada, nos bajamos juntos, nos tomamos de la mano y caminamos una calle hasta nuestros hogares acompañados por el silencio. Llegamos al punto en el que debíamos decir adiós (el jardín de la casa de Stacy). En un intento por romper el hielo, pasé mi mano por su cabello para despeinarla.

—¡Te quiero! —dije mientras acariciaba su cabello.

La sensación de sus labios en mi mejilla derecha se hizo presente, pero no dijo adiós, solo agitó su mano mientras entraba a su hogar. Crucé la calle y entré a mi hogar, con mucha alegría saludé a mi madre. Subí a mi habitación y con el uniforme aún puesto me tiré en mi cama. Me quedé pensando en Stacy, de veras que ella me confundía demasiado. Debía ser yo quien diera el segundo paso, pero lo debía hacer con un mensaje claro y directo. Durante horas busqué en lo más profundo de mí tratando de hallar las mejores palabras que le podía decir para que supiera lo importante que era para mí.

«Nunca antes en mi corta vida había sentido algo así por alguien. Nunca creí que el amor llegara a tocar mi puerta, me parecía algo aburrido, algo para grandes».

Llega un momento en nuestras vidas en el que sentimos que algo nos hace falta.

En el mundo hay muchas creencias, una de ellas dice que; cuando nacemos nuestra alma se divide en dos partes, una de ellas viaja a otro lugar. Nuestra misión es hallar esa otra mitad que nos falta para sentirnos completos.

Stacy era mi otra mitad que sin buscarla me encontró. Éramos tan parecidos. Yo no había vivido mucho, pero no

era necesario que viviera cuarenta años para darme cuenta que ella era el amor de mi vida.

Pensé que después de nuestro primer beso seriamos más unidos, pero nuestra historia tomó un giro inesperado.

En un día normal en la escuela, Stacy se sentó en otro lugar junto a un chico que en toda la clase no paró de coquetear con ella. Me sentía confundido y a la vez traicionado. En la hora del descanso Stacy se sentó con ese mismo chico y otras personas más. Para colmo. De regreso a casa también se sentó junto con el chico que no paraba de decir estupideces.

Aquel fue el día más solitario que tuve en High School Young. Sin Stacy yo era invisible y al parecer ella tenía nuevos amigos.

El calendario avanzó un par de semanas. Stacy y yo no nos mirábamos, no nos dirigíamos la palabra ni indirectamente. Poco a poco estaba perdiendo a mi alma gemela frente a mis ojos. Juré que nunca me perdonaría si la dejaba ir.

En medio de la clase mientras esperábamos al siguiente tutor me acerqué a Stacy y le dije:

—Necesito hablar contigo.

En ese momento llegó el siguiente tutor al aula:

—¿Podrías esperar que la clase termine?

—¡Estoy de acuerdo!

En otra ocasión. Ese mismo día. Tuve otra oportunidad para acercarme y comunicarle mi necesidad de hablarle. Apenas comenzó la hora del descanso, me

acerqué rápidamente a ella antes de que sus nuevos amigos la abordaran. Un par de amigas suyas interrumpieron.

—Podrías darme un segundo —dijo.

—¡OK! —dije. Me alejé sin decir nada más.

Cuando las clases terminaron intenté hablarle; pero ella se había marchado con su grupo de amigos. Sé que no tomó el autobús ese día porque no la pude ver.

Una y otra vez el universo conspiraba para quitar de mi lado la razón de mi vida.

La mejor oportunidad que tenía era al ir a su casa. Cuando llegué a mi casa esperé unas dos horas y fui a casa de Stacy.

Ella hacía sus tareas escolares al llegar de la escuela. Yo no quería ir a su casa e interrumpir sus actividades ni mucho menos ser una distracción.

Toqué la puerta de casa de Stacy, su madre abrió:

—Hola, —saludé— ¿Se encuentra Stacy?

—Lo siento —Dijo la madre de Stacy—ella no está en casa, salió hace un par de horas con unas compañeras de la escuela.

Una vez más el maldito universo hacía sus jugadas sucias.

Mis días eran grises sin ella a pesar de que el sol brillaba desde el amanecer hasta el anochecer.

Durante días traté y traté de encontrar un instante para decirle lo mucho que me importaba. Un día después de finalizar las clases, Stacy salió de la escuela rodeada de muchas personas, la perseguí hasta la parada de bus, ella estaba a punto de subir al autobús, me acerqué con mucha

prisa a ella antes de que subiera al vehículo. Hablar con ella en el recorrido sería imposible.

—¡Stacy! —grité su nombre— necesito hablar contigo.

—¡Dime! —dijo.

Una de sus amiguitas bajó del autobús e interrumpió para decir:

—¡Stacy! el autobús ya se va.

—¡Dame un segundo! —dijo Stacy sin quitar su mirada de mí.

La chica insistió. Un chico se acercó, tomó a Stacy del brazo, y dijo:

—¡Stacy! Vamos, —sonó más como una orden.

—¡Suéltame! —ordenó Stacy.

—¡Vamos! —insistió el chico.

Tomé a Stacy de la mano, fruncí el ceño, miré al chico y le dije:

—¡Suéltala! —el chico aterrado soltó a Stacy. O eso supuse.

—¿Estás bien?

—Sí.

El autobús emprendió su recorrido. Sujeté la mano de Stacy.

—¡Vamos! —hice un movimiento con mi cabeza señalando la banca bajo el pequeño árbol de almendro — tengo mucho que contarte.

Nos sentamos en la banca bajo el pequeño árbol ubicado unos pocos metros al lado de la parada de autobús. Miré a Stacy fijamente a los ojos y le pregunté:

—¿Qué sucede entre nosotros? ¿Por qué tan distante?

Stacy permaneció en silencio, trató de desviar la conversación:

—Qué día más caluroso, ¿No? —dijo mientras observaba a un heladero.

Me levanté de la banca, fui hasta el heladero y compré dos unidades. En realidad, la temperatura si estaba elevada. Eran las tres de la tarde.

Continúe con mi conversación, solo que esta vez con un suave sabor a fresa en el paladar.

—Aquel día que te vi cambiaste mi vida. Nunca pensé que podía llegar a sentir algo tan profundo por alguien. Me enseñaste a amar, hay tanto que he aprendido de ti, tantas cosas bellas como tú. Eres lo mejor que me ha pasado en mi corta vida. Amo tu forma de ser, todo acerca de ti. Si te vas de mi vida no sé qué será de mí. Los humanos se mantienen vivos por un órgano latente. ¿Sabes? Yo no lo necesito, porque tú eres quien me mantiene vivo. Si te vas de mi vida moriré instantáneamente —me esforcé para no sonar triste o muy sentimental e incluso para no llorar.

Stacy detuvo el ice cream lejos de su boca, me miró fijamente a los ojos y yo a ella. En ese momento pude apreciar la belleza de sus ojos como nunca antes. Sus ojos se empaparon de lágrimas silenciosas. No permití que el sonido del silencio se interpusiera entre nosotros. En un parpadeo acerqué mis labios a los suyos, pensé que se enojaría, pero fue todo lo contrario. Aquellos fueron los labios con sabor a fresa que jamás bese.

—Nunca te vayas de mi lado —murmuré.

Esperamos unos treinta minutos al autobús del servicio de transporte público. Nuestros padres debían de estar preocupados. Debíamos haber llegado a casa hacía tiempo. De regreso a casa nos sentamos juntos por primera vez después de un par de semanas. Stacy se recostó en mi pecho y yo la capture en mis brazos. Pedí que el recorrido nunca terminara, sentir los latidos de su corazón cerca al mío no tenía precio.

Al llegar a casa pensé que mi madre me sometería a un interrogatorio, pero no fue así, no había notado mi ausencia.

En las semanas próximas fuimos inseparables, uno para el otro. Cuando nos separábamos advertimos al otro previamente. Aunque nos tratábamos como novios en realidad no lo éramos. Debía pedirle a su corazón que acogiera al mío.

Era viernes por la noche. Al día siguiente tenía planeado invitar a Stacy a una heladería que estaba muy cerca de casa, pero no tenía suficiente dinero. Mi padre trabajaba todo el día en el hospital y llegaba muy tarde en la noche. Esperé toda la noche en el sofá acompañado por las melodías de mi guitarra la llegada de papá. Para cuando papá llegó, yo estaba a punto de dormirme.

—¡Hola, papá! —dije entre dormido.

—Hola, campeón —dijo mi padre— ¿Qué haces despierto tan tarde?

—Te esperaba a ti.

Papá me miró extrañado. No era necesario que él tuviera poderes sobrenaturales para saber por qué lo esperaba.

—¿Qué necesitas? —dijo papá nada sorprendido.

—¿Recuerdas a Stacy?

—¡Habrías empezado por ahí! —dijo papá sonriendo.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó papá.

No pedí ninguna suma de dinero, papá simplemente sacó su billetera y me dio un par de billetes. No necesitaba mucho dinero ya que tenía algunos ahorros.

—Vete a dormir —me ordenó papá.

Esa noche no pude dormir a causa de la ansiedad. No podía esperar a que amaneciera para invitar a Stacy y tal vez pedirle que fuese mi novia.

Al día siguiente cuando desperté lo primero que hice fue asomarme por la ventana de mi habitación, miré con dirección a casa de Stacy, la casa parecía como abandonada. De seguro todos en casa de Stacy aún dormían.

Después de bañarme y desayunar fui a casa de Stacy. Tok… Tok, el padre de Stacy abrió la puerta.

—Buenos días señor —saludé.

—Buenos días —saludó al padre de Stacy— ¿Qué necesitas?

—¿Stacy?

—Pasa, por favor, —dijo.

Entré a casa de Stacy y me senté en el sofá. El padre de Stacy se sentó y preguntó:

—¿Para qué necesitas a mi hija? —sonó muy serio y atemorizante.

Pude ver que la madre de Stacy estaba en la cocina, levanté el brazo sutilmente para saludar a la madre de Stacy desde la distancia. Más que un saludo fue un intento por desviar la tensión.

—Yo soy el mejor amigo de Stacy —argumenté. Me esforcé para que las palabras no fuesen afectadas por mis nervios.

—¿Y para qué la buscas? —preguntó el padre de Stacy utilizando su atemorizante voz.

—Yo quisiera invitar a su hija a salir por la tarde —dije con la voz entre cortada.

—Ya regreso —dijo.

El padre de Stacy se levantó del sofá y se acercó a su esposa en la cocina. Desde la estancia observé cómo se murmuraban cosas, después de un rato regresó.

—¿Y ya hablaste con Stacy? —esta vez suavizó su tono de voz, sonaba menos serio, pero igual de atemorizante.

—No, ¿Dónde está Stacy? —no lo dije tanto como una pregunta.

—Stacy aún duerme —me informó.

—Está en manos de Stacy aceptar tu invitación —dijo.

—Gracias, señor —estaba emocionado, pero no lo hice notar para no afectar mi reputación frente al padre de Stacy.

—Regresaré cuando ella despierte —afirmé, me despedí y me marché.

«Ese fue el peor interrogatorio de mi vida. No conocía al padre de Stacy sino hasta ese momento. ¡Vaya forma de conocerlo!»

A eso de las once de la mañana Stacy apareció en mi casa.

—¡Hola! —Saludó Stacy— mi madre me dijo que estuviste en mi casa en la mañana buscándome, ¿Para qué me necesitas?

—Me preguntaba si tal vez ¿Quieres salir conmigo en la tarde a comer un helado?

—¡Claro! —aceptó sin vacilar.

—Pero necesito permiso de mis padres —agregó.

—¡No te preocupes! —exclamé— yo fui a tu casa esta mañana a hablar con tu padre. Él me dio permiso de salir contigo.

—¡De veras! —reaccionó, luego me abrazó.

—¿Y a qué horas saldremos? —preguntó.

—¿A las cuatro de la tarde? —dije tratando de pedirle una opinión.

—¡Está bien! —afirmó.

En realidad, no fui a casa de Stacy esa mañana a hablar con su padre, sino con ella. Pero igualmente mi plan funcionó.

A las cuatro de la tarde fui por Stacy a su casa. Cuando llegué, ella no estaba lista: «¡Vaya sorpresa! ¿No?»

Para mi fortuna el padre de Stacy había salido. La madre de Stacy estaba sentada en el sofá junto con la

pequeña Ally, veían unos álbumes de fotos, supuse que eran familiares, me acerqué a mirar. Había cientos de fotos, entre ellas muchísimas de Stacy. Al parecer la madre de Stacy era una fotógrafa aficionada porque tenía muchas fotografías, tanto del pasado como del presente. La fotografía que más logró captar mi atención fue una de Stacy tomada cuando era una niña. En la fotografía ella tenía las manos apoyadas en las mejillas, la cabeza inclinada unos treinta grados a la izquierda, una gran sonrisa y un cabello radiante. Detrás de ella se podía observar una ventana de cristal de esas que hoy en día son obsoletas. Otra fotografía que captó mi atención fue una que por el aspecto visual que Stacy tenía se podía decir que había sido tomada recientemente. Ya que la fotografía fue tomada muy cerca de su rostro, se podía contemplar la belleza de sus ojos, su sonrisa irradiaba luz, un mechón de su cabello se cruzaba frente a su ojo izquierdo, pero por el ángulo de la cámara el ojo no era eclipsado. La fotografía era en blanco y negro, pero fácilmente se podía deducir que había sido manipula digitalmente para lograr esos tonos. Aunque la fotografía solo tenía grises, Stacy le daba color.

—Podría quedarme con esta fotografía —le pregunté a la madre de Stacy. No fue nada fácil convencer a la madre de Stacy para que me obsequiara la fotografía, pero después de insistir e insistir lo logré.

Escuché unos pasos que provenían de la escalera, giré la cabeza entorno a la fuente del sonido. Era Stacy que al parecer estaba lista, se acercó deprisa adonde estábamos su madre, Ally y yo.

—¡Mamá! ¿Por qué eres así? —refunfuñó.

Stacy intentó guardar las fotografías. Tomé una de las fotografías y dije entre risas:

—¡En esta te vez muy linda!

Stacy sonrió y dejó de guardar las fotografías.

—Ya podemos irnos —dijo.

—Aguarda, aún es temprano, déjame ver un par de fotografías más —dije mientras me reía.

—Vámonos ahora o no iré a ningún lugar contigo —dijo Stacy enojada y ponderada.

—¡Vámonos! Que ya es algo tarde —dije.

«No sé por qué a Stacy le enojaba que viera sus fotos, intenté hallar por lo menos una fotografía en la que ella no se viera radiante, pero fue imposible».

Caminamos dos calles tomados de la mano hasta la heladería. Fue una tarde especial, deleitamos miles de sabores; el sabor de la felicidad, los labios del otro mezclados con ice cream. Las tiernas miraditas no se hicieron de esperar. Cuando salimos de la heladería no había oscurecido, pero faltaba poco tiempo para el crepúsculo.

—Te quiero mostrar un lugar —dije a Stacy.

—¡Está bien!

—Pero está un poco alejado de la ciudad —agregué.

—¡Aún es temprano! —dijo.

—Tienes razón.

Subimos a un taxi y fuimos hasta el lugar.

«Una tarde en la que vagaba por las calles en mi skateboard me alejé un poco de la ciudad. Descubrí una

carretera abandonada; por la mala infraestructura. Ya que no transitaban vehículos por ahí, era perfecta para practicar trucos de skeatboarding. Desde entonces cada vez que estaba triste o necesitaba estar solo iba hasta ese lugar, supongo que era mi lugar feliz. Una tarde la noche me sorprendió en ese lugar, no pude distinguir cuales eran las luces de la ciudad y cuáles las luces de las estrellas. Descubrí ese lugar en los días en los que Stacy y yo nos distanciamos.»

A un lado de la carretera había una pequeña colina desde donde se podía contemplar la ciudad, al otro lado estaba otra carretera por la cual transitaban vehículos. Stacy y yo nos recostamos en el césped de la colina a contemplar el asesinato del sol a manos de la noche. Poco a poco las luces de la ciudad iniciaron una batalla contra las luces de las estrellas. Desde nuestra posición las luces de la ciudad eran solo un minúsculo reflejo de los fantasmas del firmamento, pero para los espectadores dentro de la ciudad era una batalla que las farolas habían conquistado.

Quité la mirada un instante del firmamento para contemplar los luceros que tenía a mi lado.

—¡Stacy! —susurré su nombre para captar su atención— esta noche con los fantasmas del firmamento como testigos, te pido que seas la dueña de la llave de mi corazón.

—¿Qué? —dijo algo confundida. Sé que comprendió mi mensaje porque sus ojos se dilataron y vi algo de ternura en su mirada.

—¡Quiero que seas mi novia! —afirmé.

—¡Pensé que ya éramos novios! —afirmó con una sonrisa en sus labios.

Sonreímos al ritmo del otro y un beso de unos pocos segundos selló un sentimiento que perduraría a través del tiempo en nuestros corazones.

Previamente acordamos con el conductor del taxi que volviera al mismo lugar en cuarenta minutos. Volvimos a casa demasiado felices como para que nadie lo notara. Nuestras almas estaban completas. Esa noche antes de cerrar mis ojos susurré su nombre.

Barrera de cristal

Faltaba poco tiempo para las vacaciones de verano, sería algo extraño que ingresara un nuevo estudiante a la institución.

El profesor encargado de la dirección escolar ingresó a nuestra aula y nos presentó a la nueva estudiante de la clase.

Todos los chicos se quedaron contemplando a la nueva estudiante, entre los que me cuento. Sinceramente solo miré a la chica por un reflejo involuntario. Era una chica muy bonita, pero no más que mi novia, no recuerdo muy bien su nombre.

Stacy giró la nuca lentamente capturándome en su mirada. Me miró como nunca antes lo había hecho. Estaba muy enojada, era la primera vez que la veía enojada, me reí

al verla furiosa, se veía muy tierna, la amaba más que nunca. En toda la clase no permitió que le dijera una sola palabra. En la hora del descanso me acerqué a ella, me propinó una abofeteada, seguidamente dijo sonando con mucha ponderación:

—¡No me hables! —ordenó.

Quise seguir insistiendo, pero decidí darle espacio. Había descubierto un lado de Stacy que no conocía. Ese mismo día cuando las clases terminaron, ella salió con mucha prisa y subió al autobús escolar. Yo iba persiguiéndola mientras pronunciaba su nombre en voz alta. Se acercó con prisa al conductor del autobús escolar y le ordenó cerrar las puertas. El conductor respondió:

—Lo siento señorita, no puedo hacer eso. Aún faltan algunos estudiantes.

Subí con prisa al autobús, me acerqué adonde estaba ella:

—¡Hola! —saludé con recelo. Stacy no dijo nada.

—¿Puedo sentarme contigo? —pregunté. Stacy no respondió nada, tomé su silencio como un ¡No!

Con esa carita y esos ojitos sus amenazas no podían ser tomadas con seriedad. Pero mejor me senté en un asiento detrás de ella. En todo el recorrido traté de llamar su atención sin ser asesinado:

—¡Stacy! ¡Amor! ¡Stacy! ¡Mi vida! ¡Stacy! —susurré en coro.

Stacy se dio vuelta, me miró por encima de su asiento y dijo:

—¿Podrías callarte? —sonó muy enojada.

—Sí, ¡lo que tú digas! —obedecí.

Aunque ella había tomado una aptitud de exasperación, no podía evitar verla con ternura. Era algo graciosa y atemorizante a la vez.

Pasé mi mano por encima de su asiento y la despeiné, no hizo ningún gesto ni tampoco dijo nada. Stacy me había aplicado un trato silencioso.

El autobús se detuvo, Stacy se bajó con prisa, fui tras ella. Aunque fácilmente podía alcanzarla, decidí caminar a una distancia segura. Stacy se detuvo, dio media vuelta hacia mí y dijo:

—No te atrevas a hablarme —sonó muy amenazante.

Stacy estaba a punto de cruzar la calle, corrí hacia ella, la tomé de la mano, la abracé y le robé un beso. La miré a los ojos y le dije:

—Tú eres la persona con la que quiero pasar mis días, no hay nadie más con quien anhele vivir mi vida.

—¿Me prometes que nunca miraras a nadie más que a mí? —utilizó su voz tierna.

—Yo tengo ojos para ver, pero mi corazón lo tengo para amar, y allí solo estás tú.

—¡Aún estoy molesta! —dijo frunciendo el ceño y cruzándose de brazos.

—No tienes ni idea lo mucho que me gustas cuando te molestas.

La tomé de la mano, miré a ambos lados de la calle y crucé con ella hasta dejarla en el jardín de su casa. No sé qué haría si a ella le llegara a pasar algo.

—Quiero que vengas a casa en el atardecer, quiero enseñarte una melodía que estoy practicando con la guitarra —dijo Stacy.

—¡Claro!

—¡Tengo la mejor novia del mundo! —dije.

—¡Y yo tengo a la mejor mamá! —dijo Stacy sonriendo.

—¡Adiós! —dijo.

«Stacy y yo nos conocimos a través de la música. El mejor pasatiempo que compartíamos era cuando hablamos con el arte de combinar los sonidos en el tiempo. Pero cuando ingresamos a la secundaria no habíamos tenido un solo segundo para crear melodías juntos a causa de los tantos trabajos y problemas que se habían presentado».

La melodía del silencio

Cuando terminé mis obligaciones escolares fui a casa de Stacy, pero al llegar regresé con Stacy a mi casa ya que la pequeña Ally dormía y no queríamos despertarla. Cuando llegamos a casa pensé que Stacy tocaría la melodía, pero mi madre apareció en la estancia. Stacy le preguntó:

—¿Usted tiene fotografías de Breiner cuando era bebé? —preguntó riendo.

—Sí, —respondió mi madre.

—¿Podría verlas? —Stacy.

—¡Claro! No hay ningún problema —dijo mi madre y luego se retiró a buscar el maldito álbum de fotos.

Mi madre retornó con el álbum de fotos y se lo entregó a Stacy. Durante un largo rato sólo se escuchaban las risas de Stacy que opacaban mis lamentos.

—¿Cuándo tocarás la canción? —pregunté tratando de detener mi sufrimiento.

—aún no termino de ver todas tus fotos.

—¿Y es necesario? —pregunté lamentándome.

—Sí, ¡está es mi venganza! —dijo sonriendo.

«Las madres no saben la humillación a la que nos someten al mostrarle nuestras fotografías de cuando éramos bebés a nuestros amigos, los cuales solo buscan reírse. Para mi suerte, mamá tenía una cámara de instantáneas y mi hermana era fotógrafa aficionada. La madre de Stacy también era aficionada a la fotografía, pero Stacy era muy linda, no digo que yo no sea hermoso, solo qué mi madre no sabía tomar las mejores fotografías».

Finalmente, Stacy decidió mostrarme la canción que había aprendido, tomó su guitarra y dijo el nombre de la canción.

«The Sound of Silence—Garfunkel & Simón. »

El sonido del silencio fue la melodía más triste que había escuchado, a pesar de que no sabía de qué se trataba.

«Si alguna vez escuchas el sonido del silencio sabrás de lo que hablo».

Cuando Stacy terminó de tocar la melodía, busqué mi guitarra y ella me enseñó las notas del silencio.

Amor veraniego

El verano había llegado e igualmente las vacaciones de verano. El roble amarillo del jardín principal había perdido todas sus hojas. En esa época del año mi hermana Maileth regresaba de la capital del país. Desde que mi hermana se marchó a estudiar únicamente venía a casa en el verano y en el fin de año. En esas vacaciones mi hermana propuso que sería mejor pasar el verano en la playa. A mis padres les pareció una muy buena idea para deshacerse del estrés. Decidimos que iríamos a las playas de la ciudad Heroica.

Consulté con Stacy y al parecer su familia no tenía ningún plan vacacional.

Cuando Stacy no estaba conmigo yo era como una hoja de papel; pálida, sin palabras ni dibujos.

Consulté con mis padres si quizá Stacy podría ir con nosotros a las playas del caribe colombiano, no tuve que insistir, ya que Stacy se había convertido en un miembro más de nuestra familia.

Con varias maletas cargadas con nuestras pertenencias. Mi familia, Stacy y yo partimos rumbo a la ciudad de Cartagena de Indias. Tras tres horas de viaje en el vehículo de mi padre arribamos a la Capital Romántica de América. Al llegar nos hospedamos en un pequeño hostal muy cerca de la playa. Ese día solo descansamos del largo viaje.

Muy temprano por la mañana del día siguiente salimos del hostal a disfrutar del verano.

Vagamos por la playa hasta que hallamos un buen lugar para ubicarnos. Durante todo el día anduvimos jugueteando. Estuvimos todo el día en la playa hasta el atardecer.

«Aún recuerdo la sensación de la arena al contacto con mi piel, el sonido de las olas, imposible no pensar en esa mirada que se perdía en el horizonte. Y claro, el tórrido sol que arremetía contra la playa y la piel de los visitantes».

Cuando la oscuridad comenzaba a apoderarse de la playa, Stacy y yo estábamos sentados en la orilla tomados de la mano con los pies enterrados en la arena contemplando los débiles rayos de luz que provenían del moribundo sol. Maileth se ubicó detrás de nosotros e inmortalizó el momento capturándolo en una fotografía. Solo nos percatamos de su presencia cuando escuchamos el sonido que emitió la cámara digital.

«No fue sumamente necesario que el momento fuese capturado en una fotografía. Ese día quedó grabado en mi memoria y en mi corazón para la eternidad».

Al día siguiente sería 17 de junio del verano de 2011 (el día de mi cumpleaños). Mis padres nunca me organizaron una fiesta de cumpleaños. Únicamente me hacían una pequeña celebración en familia, con dulces, una torta y regalos. A causa de que yo no tenía amigos nunca consideraron organizar una fiesta de cumpleaños para mí.

En ese cumpleaños el único regalo que quería era a Stacy. El regalo que me había obsequiado el universo. Y la única fiesta que deseaba. Era la que sentía en mi panza.

Cuando llegamos de la playa. En el hostal, Maileth se acercó a Stacy y le susurró algo al oído, Stacy volteó a mirarme con una sonrisa en sus labios. Claramente estaban tramando algo.

El sol del caribe dijo «hola» dando inicio así a un nuevo día de verano en la playa.

¿Qué se traería entre manos mi familia en el día de mi cumpleaños?

Apenas abrí los ojos vi a Stacy frente a mí.

—¡Buenos días! —dijo con mucho entusiasmo e igualmente con una tonalidad de voz suave.

Me dio un beso en la frente:

—¡Feliz Cumpleaños! ¡Te quiero mucho!

—¡Gracias! —dije entre dormido.

Quise continuar durmiendo, pero mi familia entró a la pequeña habitación y terminó por despertarme:

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron Maileth y mis padres.

Pensaras que esos días me encantaban. Pero en realidad son los días que más recuerdo odiar. Mi familia nunca fue de esas familias que se la pasan abrasándose y dándose besos. Recibir tantos abrazos de parte de mi familia en un único día era algo extraño. No faltaba mi hermana que me hablaba como si fuese un niño de tres años.

Durante el día visitamos sitios turísticos de la ciudad Heroica. Por la noche fuimos a una heladería, me compraron una torta y una vez más celebramos mi cumpleaños en familia.

—Pide un deseo —dijo Stacy.

—Deseo que siempre estemos juntos —dije en mi mente paulatinamente al apagar las velas.

Cumplí mis trece años al lado de mi familia y de la dueña de mi corazón.

Cuando las vacaciones de verano terminaron regresamos a nuestra pequeña ciudad ubicada junto al río Magdalena.

Regreso a casa

De regreso a clases en nuestra aburrida escuela. Stacy y yo pasábamos demasiados tiempos juntos, más del que debíamos. Nuestras calificaciones se vieron alteradas por nuestros latidos. En realidad, no era el fin del mundo. Habíamos disminuido nuestro rendimiento académico, pero no lo suficiente como para convertirnos en los nuevos holgazanes de la secundaria.

Practicábamos juntos todo el tiempo que fuese posible con el instrumento de cuerdas. Nos prohibieron vernos por un tiempo hasta que nuestras calificaciones se nivelaran. Eso era una tontería, ya que asistíamos a la misma escuela y a la misma clase. En algunas ocasiones llegamos más tarde a casa. Después de la escuela íbamos por ahí a comer un helado o algo. Pero no supongas que

nuestras calificaciones continuaron disminuyendo más y más. Al contrario. Nos propusimos aumentar nuestras calificaciones para estar juntos sin barreras. Ayudábamos al otro con cualquier actividad e incluso hasta nos encubríamos. Más que novios éramos confidentes y amigos. Éramos infinitos.

Habían transcurrido un par de meses desde las vacaciones de verano, recordé que pronto llegaría el 3 de septiembre; el día del cumpleaños de Stacy. Debía buscar algo bonito para regalarle, algo mágico, un detalle que cada vez que ella observara se sintiera feliz. Algo con lo que me recordara.

Debía ser algo que no se consiga en cualquier tienda.

Me senté durante horas junto a la ventana de mi habitación para crear una canción para Stacy. No quería cantarle una canción que todo el mundo supiera. No quería cantarle «El cumpleaños feliz».

Por lo que sabía Stacy cumplía trece años. Supuse que sus padres le organizarían una fiesta y ella invitaría a muchos de sus amigos. Faltaba aproximadamente un mes para el cumpleaños de Stacy, pero yo quería estar preparado para todo.

El día del cumpleaños de Stacy había llegado. Pensé que Stacy invitaría muchos invitados, pero no invitó más de diez asistentes, obviamente yo estaba en su lista de invitados.

Desde temprano le ayudé a decorar el interior de su hogar con globos y cosas de ese estilo.

Los pocos invitados comenzaron a llegar a las cuatro de la tarde. Yo estaba listo y presente en el lugar desde hacían varias horas. Cuando Stacy subió a su habitación para acicalarse para el evento. En el momento que bajó por las escaleras me quedé impactado por tal belleza. Stacy era hermosa, pero ese día estaba más radiante que nunca. Traía puesto un vestido de color rosa. No sé cómo describir lo que en mis ojos se reflejó. Para resumir: era perfecta.

La fiesta estuvo llena de diversión y dulces. Cuando llegó el momento de que Stacy soplara las velas dije lo obvio:

—¡Pide un deseo!

Stacy cerró sus ojitos y apagó las velas. En la fiesta no hubo piñata por petición de Stacy, (según ella, esas cosas eran para bebés). La fiesta terminó y los invitados se retiraron. Casi anochecía. Había llegado el momento de entregarle mi regalo a Stacy, la llevé a un lugar en donde solo ella pudiera escuchar la canción que había creado para ella. Nos sentamos en las sillas del patio trasero construidas con madera. Para cuando mis dedos comenzaron a bailar sobre las cuerdas de la guitarra, ya había oscurecido.

«Recuerdos»

Antes de ti/ yo no sabía que existía otra parte de mi/ vi tus ojos y me sentí en las estrellas/ rodeado de luz.
Momentos memorables viví junto a ti/ la luz atrapada en tus ojos me enseñó quien soy/ podría escribir millones de palabras acerca de ti.
En mi corazón está la huella de tus labios/ tantos recuerdos por rememorar/ pero contigo no quiero recuerdos/ quiero una vida.
Mi historia contigo es la historia de mi vida/ una historia sin mentiras/ una historia de amor real.
Recuerdo regresar con tu corazón en mis manos y tu mirada por todas partes/ si te vas/ podría ir a cualquier lugar por ti.
Quiero vivir una vida viendo tus ojos/ te quiero a ti/ la historia de mi vida/ tú/ mis ojos/ mi voz/ mi mundo.
Cuando tú me miras me conviertes en una estrella.
Mi historia junto a ti/ es la historia de mi vida.

Cuando terminé la canción Stacy me miró a los ojos y me regalo un beso, nos recostamos en las sillas a contemplar las luces del cosmos. Levanté mi brazo derecho para señalar con el dedo índice un cumulo de estrellas.

—¿Ves esas tres estrellas que se alinean perfectamente allí? —pregunté a Stacy.

—Sí—dijo ella.

—¿Alcanzas a ver esas cuatro estrellas que están situadas a su alrededor?

—Sí—asintió con la cabeza prestando poca atención.

—Esa de ahí es la constelación de Orión —dije señalando con el dedo índice— Orión es la constelación más

conocida a nivel mundial debido a que puede ser vista desde ambos hemisferios. Orión es una constelación compuesta por doscientas cuatro estrellas, se dice que tiene la forma de un cazador, sinceramente no veo ningún cazador allí.

—¿Por qué me dices todo esto? —preguntó ella.

—Hay personas que les obsequian a quienes aman la Luna, Pero la Luna ha sido obsequiada demasiadas veces como para regalársela a alguien más.

—Tienes razón —dijo.

—Te regalo la constelación de Orión. Si alguna vez la distancia nos llega a separar, cuando estés triste, feliz o sólo necesites contarme algo, mira directo a la constelación de Orión y allí encontrarás mi mirada y yo espero encontrar la tuya. Ahora Orión nos pertenece, nosotros podemos darle la forma que queramos, ¿Qué te parece si Orión toma la forma de nuestro amor?

Stacy me miró con ternura sin decir una sola palabra, y una vez más nuestros labios dijeron lo que sentían.

Éramos dos jóvenes viendo cómo el otro crecía con una parte dentro de nosotros proveniente del otro. Nos convertíamos en adultos enseñando al otro a amar. Aquellos fueron nuestros primeros pasos en la peligrosa senda del amor.

Con cada día que transcurría se podía ver una hermosa y brillante luz que crecía al sur del cinturón de orión, y no era precisamente la luz de una gran nebulosa vista a simple vista desde la tierra. Era la luz de dos corazones unidos por el amor.

Corazones Fríos

El invierno se acercaba, se podía oler en el aire. Las frías corrientes de aire que soplaban eran prueba de ello.

En una tarde de un gris viernes, Stacy llegó a mi casa con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te ocurre? —pregunté intrigado.

Stacy me miró y no dijo nada, insistí:

—¡Por favor! ¡Cuéntame que te ocurre!

Por más que insistí no logré que me dijera una sola palabra, ella sólo lloraba, me pidió que la abrazara y nunca la soltara.

—¿Tú me olvidarás? —preguntó.

—¿Por qué la pregunta?

—¡Sólo responde! —en su mirada se podía notar el desasosiego.

—¡Amor! —dije mientras tenía mi mirada perdida en la suya —desde el primer día que te vi no pude sacarte de mi mente, y ahora que finalmente estamos juntos no puedo sacarte de mi corazón. ¿Por qué me preguntas eso? Yo nunca te olvidare.

La abracé más fuerte y la besé en la frente.

—¿Lo prometes? —preguntó con mucha ternura.

—¡Lo prometo!

—¿Y qué pasaría si me marchara a otro lugar? —preguntó paulatinamente con la caída de una lágrima a su mejilla.

—¿Y por qué te irías a otro lugar?

Stacy guardó silencio y me miró con esos ojitos que claramente guardaban un secreto.

—¿Qué sucede? ¿Hay algo que no quieras contarme?

Me miró y dijo:

—Esta tarde me he enterado que mi familia no pasara la navidad aquí.

—Me harás mucha falta, pero nos veremos el año próximo —dije intentando consolarla.

Stacy me miró y comenzó a llorar, guardó silencio por un largo rato en el que sólo se podían escuchar sus lágrimas caer al piso.

—Mi familia se mudará a otra ciudad cuando mi horario escolar finalice —dijo sin vacilar— esto a causa del trabajo de papá, en realidad no es la primera vez que esto ocurre.

Sus lágrimas contagiaron mis ojos, nos abrazamos muy fuerte. Nuestras lágrimas contagiaron al firmamento, el rumor de que el invierno se acercaba se confirmó.

Intenté ser fuerte. En mi intento conseguí que lágrimas silenciosas intentaran dejar escapar los gritos del demonio que llevaba adentro de mí.

Afuera caía una fuerte borrasca, pensé que a Stacy le preocuparía, pero sólo tenía la mirada vacía como si no le importara nada. Cada vez que retumbaba la onda sonora emitida por los relámpagos, ella me abrazaba aún más fuerte.

—Tal parece que la lluvia no se detendrá —agregué, no escuché ningún comentario.

Guardé silencio, la abracé más fuerte y simplemente aprecié cada suspiro de aire que tomaba, sentir la sensación de su corazón latir al lado del mío era algo mágico.

—¿Y a dónde te vas? —estúpidamente pregunté.

No escuché ni una palabra de Stacy, la miré, sus ojos se habían cerrado. En ese momento la noche ya era muy oscura y la lluvia continuaba precipitándose cada vez más fuerte. Hice lo más inteligente que se me ocurrió. Tomé a Stacy en mis brazos, subí las escaleras con ella y la llevé a la habitación en la que se quedaba mi hermana cuando venía a casa. La acosté en la cama, la abrigué, la besé en la frente deseándole buenas noches, encendí la calefacción de la habitación, apagué la luz, pero dejé una pequeña lámpara encendida en caso de que Stacy despertara. Antes de cerrar la puerta y abandonar la habitación, la miré y susurré: «Deseo que nunca te vayas de mi lado.»

Posteriormente me fui a dormir a mi habitación.

Al día siguiente extrañamente desperté temprano por la mañana. Mi madre preparó el desayuno y me dijo:

—Es algo tarde, despierta a tu amiguita.

Al entrar en la habitación y ver a Stacy, me dio pesar despertarla. Ella tenía aspecto de angelito. No sé cómo lo hacía. Yo me duermo y a la mañana siguiente despierto envuelto entre las cobijas y casi medio muerto.

—¡Stacy! ¡Cariño! ¡Stacy! ¡Mi vida! ¡Despierta! —dije en una tonalidad ligera.

Después de un largo tiempo de insistir finalmente abrió sus ojitos.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Estás en mi casa.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Ayer llovió toda la noche y te quedaste dormida aquí. Es una larga historia.

Stacy aún trataba de asumir lo que ocurría.

—Recuerdo algo.

Stacy saltó a mis brazos:

—¡No me dejes ir! —dijo con la voz entre cortada y turbia.

—¡Claro que no te dejaré ir! —dije mientras jugaba con su cabello.

—Me voy a casa —dijo— mi madre tiene que estar preocupada por mí.

—¿No desayunaras antes de irte? —pregunté.

—¿Cocinaste tú? —preguntó riendo.

—¡No!

—¡Entonces sí! —dijo riendo.

«Esos son los momentos que más recuerdo con Stacy. Hasta en los momentos más tristes buscábamos la forma de hacer reír al otro. Aún sin darnos cuenta.»

Nos sentamos en la mesa juntos a desayunar. Por fortuna mamá sabía cocinar muy bien. Aún recuerdo el olor que emitía la cocina cada vez que mi madre cocinaba.

Tok…tok, alguien tocó la puerta, mi madre abrió, era la madre de Stacy.

—¡Hola mamá! —la voz de Stacy sonó muy pesimista.

Mi madre invitó a pasar a la madre de Stacy.

—¡Hola hija! —dijo la madre de Stacy.

Pensé que la madre de Stacy se quedaría por un largo tiempo, pero sólo se aseguró que Stacy estuviera bien y posteriormente se retiró.

Desayunábamos en calma y en silencio, hasta el momento en que yo pregunté.

—¿Y a dónde te vas? —pregunté a Stacy. No quería tratar ese tema, pero debía afrontar la realidad.

—Nos vamos a la capital del país. A Bogotá —respondió mi pregunta y luego tomó una aptitud taciturna.

—Te voy a extrañar mucho —quería preguntar el día de su partida, pero preferí no traer sentimientos nostálgicos a la mesa.

Helada melancolía

Eran las últimas semanas que pasaríamos juntos. En esos momentos más que nunca éramos más unidos. Todos los días vivíamos momentos felices, pero en el fondo estábamos tristes, sabíamos que pronto nuestras almas serian separadas. Todos los días que arranqué una página del calendario igualmente arrancaba una lágrima de mis ojos. Las heladas tinieblas que tenía en el fondo las canalicé y las convertí en múltiples melodías para Stacy. Algunas de las canciones que compuse para ella se las enseñé a tocar, así cuando ella estuviera triste me recordaría con sólo hacer sonar una cuerda.

Desde la navidad anterior en la que recibí aquel extraño regalo de parte de papá, intenté darle un uso apropiado. Había aprendido algunas técnicas de pintura

con las guías que traía el kit de arte. En mis pocos tiempos libres pinté uno que otro garabato. Ese día me desafíe a pintar mi primera pintura. La fotografía que la madre de Stacy me había obsequiado la utilizaría como modelo. Que reto más grande el que tenía en mis manos. Capturar la belleza de Stacy en una pintura no sería nada fácil.

Coloqué un caballete de trípode junto a la ventana de cristal de mi habitación, saqué una pequeña mesa plegable y sobre ella puse la pintura de óleo y los pinceles. Dibujé sobre la fotografía una cuadricula e igualmente otra proporcional en el lienzo sostenido en el caballete. Con algunos lápices de grafito de las diferentes tonalidades dibujé en el lienzo el boceto inicial, luego simplemente dejé que las pálidas pinceladas danzarán sobre el lienzo, la única parte de la pintura a la cual le agregué color fueron a los ojos de la bella chica. Cuando la pintura se secó la cubrí, busqué a Stacy para que observara mi gran obra.

—¿Estás lista?

—¡Sí!

Quité la tela que cubría la pintura.

—¡Vaya! —reaccionó— no sabía que pintabas.

—Yo tampoco lo sabía, pero tú me enseñaste —murmuré.

—¿Y cómo se llama la obra? —preguntó.

—No había pensado en eso —dije— la llamaré: «Azul cielo.»

—¡Me encanta!

—Quiero que tú la conserves —dije.

—¡Cariño! Consérvala tú —dijo.

—Quiero que tú la conserves, así cuando la mires me recordarás en cada pincelada y si alguien más ve la pintura y llega a preguntar por el artista, recordarás mi nombre -me esforcé por no llorar.

—Ok.

—¿Y cómo hiciste para pintarme? —preguntó cruzándose de brazos.

—Tu madre me obsequió una fotografía de ti.

—¡Puedes conservarla! —dijo.

Nos abrazamos y paulatinamente susurramos al oído del otro: «no me olvides.»

¡Hasta Pronto!

El día de decir adiós había llegado. Recuerdo con detalles el día que mi corazón se rompió. Recuerdo muy bien el paisaje de aquel día. Un día frío, el cielo estaba plagado de nubes grises y oscuras. Un día de corazones rotos y melancólicas melodías que provenían desde lo profundo de nuestras almas.

La noche anterior a nuestra despedida no pude dormir bien. Mi sangre se había congelado, pero no a causa del invierno, sino porque mi corazón se había detenido. Aquel insoportable frío no me dejo dormir.

Muy temprano en la mañana desperté por el ruido que provocó un camión al rechinar sus pesadas ruedas en el asfalto. Me levanté de la cama y eché un vistazo por la ventana. Era hora de decir adiós.

Me cambié la ropa. Apenas salí de mi habitación fui directo a casa de Stacy. Había un par de hombres moviendo cajas y cosas desde el interior de la casa al camión. En la estancia estaban los padres de Stacy coordinando a los hombres que cargaban las pesadas cajas, subí por las escaleras y caminé con pasos cortos hasta la habitación de Stacy. La puerta estaba abierta, ella estaba sentada en la cama con la pequeña Ally, toqué la puerta, giró la cabeza, al verme saltó a mis brazos, no pude evitar dejar escapar una lágrima. En ese momento debía ser fuerte para Stacy, no quería que ella también llorara. En un intento por desviar las lágrimas pregunté:

—¿Crees que Ally me recuerde cuando crezca?

—Yo te recordaré por siempre —dijo mirándome a los ojos.

—¿Te volveré a ver algún día? —pregunté esforzando mi voz.

Stacy no dijo nada, simplemente me atrapó en sus brazos. Luego tomó un pedazo de papel y anotó algo.

—Esta es mi dirección de E-Mail, así estaremos en contacto.

Tomé el papel y lo guardé en mi bolsillo. Ya todo estaba en el interior del camión. Stacy y su familia le seguirían el paso en el automóvil. Me despedí de los padres de Stacy, acaricié con ternura las mejillas de Ally, por último, pero no menos importante mi otra mitad. Stacy estaba parada junto al automóvil, toda su familia estaba en el interior del vehículo, extendió sus brazos para darme un brazo, nos abrazamos lo más fuerte que pudimos. En ese

momento fue imposible retener los sentimientos. Stacy tenía una lágrima deambulando por su mejilla, pasé mi dedo con mucha ternura para limpiar la gota del mar muerto, la miré por última vez a los ojos y le dije tratando de consolarla: «ríe cuando estés triste, llorar es demasiado fácil.»

Saqué de mi bolsillo una carta para Stacy, al entregársela recibí un último beso que contenía un sabor característico del mar muerto.

—¡Te amo! —fue lo último que nos dijimos.

El motor del vehículo se puso en marcha, nos abrazamos por última vez antes de ser separados, Stacy subió al vehículo, las ruedas giraron. La razón de mi vida comenzó a alejarse. Stacy agitó su mano detrás de la ventanilla trasera del automóvil empañada por sus sentimientos. Agité mi brazo al aire queriendo decir:
«¡Hasta pronto!»

Ríe cuando estés triste, llorar es demasiado fácil.

—Marilyn Monroe

Pálido paisaje

Un artista al momento de escribir una canción sabe el significado de la melodía y la letra, pero es el receptor al final quien decide el significado de la canción. Una canción puede ser interpretada y entendida en millones de formas según los sentimientos del corazón que la escucha.

Cuando Stacy se fue de mi lado en mi corazón se acumularon melancólicos sentimientos. Recordé la canción que Stacy había tocado aquella vez «*The Sound Of Silence—Garfunkel & Simón*».

En ese momento mi corazón la interpretó tal y como se sentía.

La melodía del silencio eran los llantos de un corazón que quería ser fuerte. Un artista solitario con sentimientos tétricos tomó sus sentimientos y los puso en una melodía que sonara como sus lágrimas, las cuales estaban cautivas.

Esa era mi interpretación del sonido del silencio en aquel momento en el que la añoranza se apoderó de mí.

La sonrisa que Stacy había dibujado en mis labios desapareció. Como si el clima supiera lo que sentía, coloreó el paisaje de tonadas macilentas. Una pequeña llovizna inició a caer sobre la ciudad hasta que convirtió las calles en ríos. Durante todo el día estuve encerrado en mi habitación, no quería hablar con nadie.

Tantas veces que deseé no perder a Stacy no sirvieron de nada, le fallé a Stacy prometiéndole que nunca la dejaría ir, lo único que me quedaba era no olvidarla jamás.

Stacy me enseñó tantas cosas de mí, cosas que no sabía, ella cambió mi mundo.

Únicamente abandoné la habitación cuando realmente lo necesité. No había diferencia entre estar en la habitación o en cualquier parte de la casa, la única diferencia era que en el resto de la casa la luz estaba presente, pero con la presencia de la luz puedes ver las cosas, en cambio, en la habitación eres uno con la oscuridad y nada puedes ver que te recuerde algo.

Intenté tocar una de las tantas melodías que había creado para Stacy, pero el dolor me dijo que no era buena idea. Las cuerdas de mi guitarra se habían quedado sin voz por segunda ocasión.

Cuando la noche cayó abrí la ventana de mi habitación, miré al cielo en busca de una mirada, pero solo hallé preguntas.

«¿Observas el mismo oscuro firmamento que yo? ¿Nuestras miradas se cruzan en la lejanía? ¿La Luz de las estrellas llegará a tus ojos? ¿Estarás durmiendo? ¿Estás bien? ¿Me extrañas como yo a ti?» me pregunté en largo soliloquio.

Esa noche me pregunté tantas cosas, pero no quería preguntarme más nada, solo quería ver el rostro de Stacy. Cerré la ventana y la cortina de la habitación.

Me tiré a la cama a llorar hasta que me quedé dormido.

—¡Despierta! ¡Despierta! ¡Amor! ¡Ya estoy aquí! — era la voz de Stacy— ¡No llores! ¡Ya estamos juntos de nuevo!

Abrí los ojos al escuchar su voz, allí estaba ella frente a mí, salté de la cama y la capturé en mis brazos. El fuerte abrazo provocó que ella se disolviera entre mis brazos.

Desperté entre lágrimas y nombrando su nombre.

«No te vayas, quédate conmigo», murmuré entre lágrimas.

Al percatarme que solo había sido un sueño con mi angelito, el cual se había convertido en una pesadilla, estallé en lágrimas. Intenté quedarme dormido, pero no lo conseguí. Recordé el papelito que Stacy me había entregado en la mañana, salté de mi cama y me dirigí con mucha prisa a la computadora del estudio. Inicié sesión en el ordenador, abrí la ventana del servicio de correo eléctrico y escribí:

«¡Hola! ¿Ya llegaste?», digitalicé la dirección de E-Mail que Stacy me había proporcionado, oprimí «Enviar».

Me quedé frente a la pantalla del ordenador esperando un mensaje que jamás llegó. Apagué la computadora y me fui a mi cuarto.

En los días siguientes la añoranza se apoderó más y más de mí. Intenté cantar algo, pero cada vez que lo intentaba las lágrimas me dominaban, olvidaba la letra, y mis dedos resbalaban en las cuerdas del instrumento.

Noche tras noche fui visitado por mi otra mitad en mis sueños. A pesar de que debían ser sueños hermosos siempre terminaban convirtiéndose en pesadillas.

La Navidad se aproximaba. El único regalo que quería era ver a Stacy, aunque fuese solo un segundo.

A través de la pantalla

Una mañana la computadora de la oficina emitió un sonido, me acerqué al dispositivo. Alguien había olvidado apagar la computadora. Me senté frente a la computadora, agarré el ratón, deslicé el puntero del ratón hasta el botón de apagado, me detuve al ver que el icono del E-Mail tenía varias notificaciones, arrastré el puntero hasta el icono y desplegué una nueva ventana. La última vez que estuve en la computadora había olvidado cerrar sesión. Abrí la bandeja de entrada, había cientos de mensajes al parecer del mismo emisor, deslicé la rueda del ratón hasta llegar abajo. Abrí el mensaje más antiguo:

«¡Hola, amor! ¡Ya llegué! Estoy bien, este lugar es increíble. Vivimos en una casa muy bonita, mi nueva escuela está ubicada a quince minutos de casa. ¡Te echo de

menos! Perdona que responda tu mensaje un poco tarde, a mi familia le tomó varios días instalarse, y la computadora fue lo último que abandonó las cajas.

Te extraño mucho... sueña conmigo».

Al ver ese mensaje me sentí triste, feliz e idiota al mismo tiempo. Procedí a abrir el siguiente mensaje:

«¡Buenos días! ¿Cómo estás? De veras me haces falta... anoche miré al cielo directo a la constelación de Orión en busca de tu mirada. ¡Dime que tú también miras al cielo!»

♥♥♥

«¡Hola, corazón! ¿Estás bien? Hoy toqué la canción que me regalaste en mi cumple, pero se escucha mejor en tu voz».

Uno a uno leí los mensajes que Stacy me había enviado.

♥♥♥

«Colgué la pintura que me hiciste arriba de la chimenea. Cuando los invitados de mamá llegan a casa y preguntan por el artista que pintó la obra, muy orgullosa digo tu nombre.

Por las fechas de los mensajes pude sacar la conclusión de que Stacy no envió mensajes por un par de días. Quedaba solo un mensaje.

♥♥♥

«¿Ya me olvidaste? ¡Prometiste que nunca lo harías!»

La tristeza me invadió al saber que Stacy pensaba que la había olvidado.

Puse mis manos sobre el teclado, una a una respondí las preguntas de Stacy.

«¡Hola, amor! Perdóname, olvidé por completo la existencia de la computadora, ¡Lo siento! Me alegro mucho por ti. No tienes ni idea cuanta falta me haces. Apenas cierro los ojos, te veo. Todas las noches miro al cielo buscando tu mirada. Pero sabes que las nubes en esta época se apoderan del cielo.

Por las noches solo logro dormir después de llorar en completo silencio por tu ausencia. No te he olvidado, ¡Te extraño demasiado! El año próximo iré a la misma escuela secundaria, ya no será lo mismo sin tu compañía, eras la única persona que conocía en ese lugar, no conocí a ninguna otra persona porque todo el tiempo lo compartí contigo.

La Navidad se acerca, pero no tengo razones para celebrar. El único regalo que quiero es a ti. He intentado pintar algo, así sea un garabato, pero no puedo sostener los lápices sin pensar en ti, no quiero dibujar otra cosa que no seas tú.

¡Te he echado de menos!», Oprimí «Enviar» me quedé frente a la pantalla del ordenador esperando un mensaje.

Casi que instantáneamente un mensaje viajó de regreso.

«¡Hola, cariño! Pensé que me habías olvidado», tecleó Stacy.

De inmediato puse mis manos sobre el teclado e inicié a escribir un mensaje codificado con amor.

«Yo nunca te olvidaré, ¿Recuerdas que te lo prometí?»

De inmediato Stacy escribió:

«¿Recuerdas que prometimos estar en contacto? ¡Hace dos semanas que me fui y hasta hoy respondes mis mensajes!»

Leí y de inmediato respondí el mensaje:

«¡Lo siento! El dolor que me provoca tu ausencia no me deja pensar en nada más».

«¡Yo también te extraño!», escribió.

«¡Mejor no hablemos de cosas tristes!», escribí.

«Tienes razón. Mira esto». Envió un archivo adjunto, era una fotografía digital de ella sonriendo en la estancia de su nuevo hogar.

«Nunca perdiste tu sonrisa», agregué.

«Tú me enseñaste a sonreír en los malos momentos», argumentó.

Durante todo el día estuvimos frente a la computadora.

Cuando Maileth llegó a casa para la Navidad, me preguntó por Stacy. Respondí Intentando ocultar mi tristeza:

—Ella… ella ya no está.

—¡Que triste! Esa niña de verdad me agradaba.

Por lo normal en esos días las lluvias se disipaban, pero en aquella ocasión no fue así. Fue la Navidad más triste que recuerdo.

La tristeza que sentía me obligó a cantar todo el tiempo en nombre de Stacy.

«Nunca olvidaré las letras ni las melodías que creé para Stacy».

A pesar de que Stacy y yo estábamos separados. Todo el tiempo nos contábamos todo de nuestras vidas.

Bajo la luz de la computadora

Cuando el año nuevo llegó, me senté frente a la computadora y escribí mi primer mensaje del año.

«¡Feliz Año Nuevo!», Escribí a la dirección de correo electrónico de Stacy.

Me quedé esperando delante de la pantalla un mensaje, pero no llegó, supuse que Stacy estaba ocupada o quizá dormida, cerré sesión, apagué la computadora y me fui a la cama. No tenía más nada que hacer despierto.

Stacy se había marchado hacía tiempo, pero la veía todos los días con tan solo cerrar los ojos.

En la mañana del 1 de enero de 2012, salí a dar un paseo por la ciudad en mi tabla. Las calles estaban plagadas de soledad, la ciudad había cobrado aspecto de pueblo

zombie. Debía acostumbrarme a ver el mundo de esa forma, porque ese año estaría igual a la ciudad; solo y melancólico.

No tenía amigos, no sé cómo llegue a conocer a Stacy.

En mi solitario recorrido pasé cerca de la escuela primaria a la que Stacy asistió, fue imposible no evocar el pasado.

«En el año 2012, se predijo que el mundo llegaría a su fin. Algunas personas se prepararon para el fin de los tiempos, en todos los canales de tv y radio local e internacional solo se hablaba del fin. Al final lo único que acabó fue mi feliz mundo con Stacy».

Regresé a casa, me senté delante de la computadora, quizá Stacy había respondido mi mensaje.

«¡Hola, cariño! ¡Feliz año nuevo!»

No me tome la molestia de cerrar sesión, solo apagué la computadora y me fui a mi oscura habitación a formularme miles de preguntas.

El mes de enero se consumió al igual que mis ojos.

Un mensaje de esperanza

En una mañana de febrero de 2012, recibí un mensaje de parte del único contacto en mi corazón:

«¡Hola, corazón! Hablé con mis padres y quizás podría ir a verte en el verano».

Antes de responder estallé de felicidad.

«No sabes cuan feliz me haces, ¡Ya quiero que llegue el verano!»

Cuando las clases en la secundaria iniciaron, regresé. No conocí a nadie, estaba solo contra el mundo. En mi clase yo era el mejor, pero cuando de vida social se trataba, yo solo conocía a la soledad, mi única compañía.

A pesar de que yo solía ser el mejor estudiante de la clase, cierto día sentí que un estudiante nuevo me desafió al

ganarme en clases de matemáticas. Yo nunca fui el mejor en matemáticas, siempre odié esa clase.

En mis pensamientos dije al chico nuevo:

«Idiota». y otras cosas que ya no recuerdo.

Cierto día necesitaba ayuda en matemáticas, estaba perdido, yo era el único estudiante que quedaba en el aula. El chico nuevo se acercó a mí sin siquiera pedirle su ayuda. Me explicó cómo resolver los problemas matemáticos. Desde aquel día ese chico se convirtió en mi único amigo.

Los días transcurrían demasiado lento, tal vez por mi ansiedad de ver a Stacy. En mi espera compuse varias canciones para darle la bienvenida a Stacy.

Cuando finalmente el verano interrumpió las clases, recibí un mensaje que me mandó directo a mi tumba rodeada de tinieblas.

«¡Amor! ¡Lo siento! Tuve algunos problemas y no podré ir a verte».

«¡No te preocupes! Tal vez vamos a tener otra oportunidad», respondí el mensaje tratando de evadir y desviar la tristeza.

Les pedí a mis padres ir de vacaciones al sur del país, pero no pude conseguirlo, pedí ir solo. No tenía caso, el sur estaba muy lejos como para ir solo hasta allá. Además, la capital del país es una ciudad muy grande para un joven como yo.

A pesar de todo nunca me rendí. Continúe esperando a la dueña de mi corazón. Todos los días continuamos enviando mensajes al otro. Estábamos separados por la distancia, pero unidos por el amor. Las

canciones que compuse para la llegada de Stacy fueron sentimientos que se quedaron sin voz.

Las malditas clases se reanudaron. Día tras día continúe conociendo a mi único amigo, cuyo nombre era David.

David Romero era un chico de mi edad apasionado por los juegos de vídeo y la música electrónica. Al igual que yo, David era un chico muy solitario, si alguna vez llegabas a acercarte a él, no tardaría mucho tiempo en sumergirte en su mundo de Disyóqueys, soldados que luchan contra robots y aliens e incluso contra Hitler. Llegué a enterarme que los padres de David se habían divorciado. Quizá eso afectó a David. Había días en los que él no asistía a la escuela. Él se quedaba a vivir con su padre unos días, luego con su madre e incluso con su abuela. A todos los adolescentes les gustan los videojuegos, entre los que me cuento, pero David había desarrollado una obsesión por ellos. Para él no eran solo un pasatiempo, sino su vida. Tal vez David buscaba en el mundo de los videojuegos la atención que sus padres nunca le ofrecieron. Quizá él trataba de llenar los espacios vacíos de su mundo solitario. Tal vez solo quería divertirse. Yo no sé.

Los mensajes entre Stacy y yo no continuaron con fluidez. Estábamos muy ocupados con las obligaciones de la escuela, no teníamos tiempo. A veces solo podíamos decir «Hola», otras muchas veces no escribimos nada. Ya no podía ni mirar al cielo a buscar su mirada, porque tenía la mirada perdida entre letras y formulas. Pasé de tocar mis melodías a mi amada, a tocar notas al aire. Y no

precisamente tocar una cuerda sin pisarla. Literalmente tocar cuerdas al aire. El viento se había convertido en mi único espectador, mis melodías se las llevaba el viento.

Era 3 de septiembre de 2012. Ese día se había convertido en una de mis fechas especiales. Desperté por la madrugada, abrí la ventana de mi habitación, miré directo a Orión y le dije: «¡Feliz Cumpleaños!»

A pesar de todo yo siempre continúe esperando a la dueña de mi corazón.

Todas las canciones que le escribí no fueron simplemente letras en las hojas de una vieja libreta. Fueron la voz de mi corazón, mis sentimientos grabados entre la tinta y el papel.

Segunda parte

Melodia de antaño

Cinco años después

Las agujas del reloj giraron y giraron. Las cosas cambiaron, algunas se olvidaron, pero hay algo en mí que ni el paso del tiempo logrará cambiar o borrar. Algo que se ha convertido en parte de mí. Un demonio que me acecha a donde quiera que vaya. A veces lo veo sonriendo bajo la lluvia, mirándome desde las estrellas e inclusive sentado a mi lado. El pasado. Ese demonio que no me deja mirar al futuro, ni vivir mi presente. A pesar de que el cielo esté zarco. Él lo tiñe de grisáceas matices.

Desde que Stacy abandonó mi vida nunca más he sido el mismo. Aún después de tanto tiempo sigo teniendo sueños con ella. Fácilmente podría decir que la olvidé, pero sé que miento. Pensé que el tiempo se convertiría en mi aliado en medio de esta guerra contra la melancolía, pero

no fue así. Desde que ella se marchó he sido el prisionero de la añoranza.

En los últimos cinco años he estudiado hasta el cansancio. Hoy me voy a otra ciudad para ingresar a la universidad, estudiaré arquitectura como siempre ha querido mi padre. No tengo problema con ello.

En los últimos años la soledad nunca me abandono, siempre ha sido mi fiel compañía.

David me enseñó esta música creada a partir de instrumentos electrónicos, al principio pensé que era una pérdida de tiempo. Algunos dicen que, al escuchar esta música, no le recuerda a nadie. Algo muy contrario a lo que a mí me hace sentir. Cada vez que me pongo los audífonos, esa música me recuerda demasiado a Stacy, esos ritmos llenos de energía, las brillantes luces. Es imposible que no me recuerden a la niña de mis ojos.

Hace como tres años acordamos que seríamos buenos amigos. La relación a distancia que estábamos manteniendo no tenía ningún sentido. Recuerdo que le envié un mensaje intentando dar un poco de esperanza a nuestra relación. Pero eso no sirvió de nada, creo que Stacy hizo lo que debía hacer; guardar los momentos vividos y continuar con la vida.

Quiero que un día estemos sentados en la arena de la playa, tomados de la mano mirando al horizonte, mirarnos a los ojos y susurrar «lo logramos», sonreír al otro y que nuestras risas se conviertan en una sola. Mientras el día se convierte en noche, la noche nos recordará todo lo que tuvimos que luchar para estar de vuelta allí. La oscuridad de la noche nos traerá tantos recuerdos, pero también nos rememorará que la oscuridad siempre estará acechándonos desde las sombras, pero para entonces nos tendremos el uno al otro y la oscuridad será solo la ausencia de la luz.

Desde entonces el único contacto que tuve con ella fue en una tarde en la que revisaba los directorios de la computadora. Encontré una carpeta con el nombre «Mis vacaciones en la playa», en el interior de la carpeta había cientos de fotografías, supuse que provenían de la cámara digital de Maileth. Eran Las fotografías de nuestras vacaciones en las playas de Cartagena de Indias. La mayoría de las fotografías las miré ajenas a mis recuerdos. No había pasado mucho tiempo desde que había estado en la playa, pero tenía recuerdos turbios de las olas. Hubo una fotografía que me fue imposible ignorar, era La fotografía en la que Stacy y yo estábamos sentados en la arena de la playa con la luz crepuscular en nuestras retinas. Lloré por varios minutos con la imagen en la pantalla del ordenador.

¡Lo siento! Pero ya me tengo que ir a la terminal de transporte. Intentaré narrar el resto de mi historia durante mi viaje.

Aprendiendo a armar un Corazón desde cero

Un nuevo día en el aula ciento doce. Ya estaba harto de todo eso. Durante las clases fantaseaba con escapar de esa maldita aula e irme a vivir la vida. Por fortuna aquel era mi último año en la escuela.

«Terminar mis estudios secundarios no era algo que me fuese a librar de los libros. Hoy voy viajando con destino a mi próximo lugar de estudios».

Mis compañeros pensarían que yo era quien más disfrutaba estar allí, yo solo cumplía lo que debía hacer.

La mayor parte del tiempo solía hablar en completo soliloquio, otras muy pocas con mis compañeros o David. Las conversaciones conmigo no se mantenían por mucho tiempo, en clases yo solo hablaba de ciencias y otras cosas

relacionadas con la escuela. Es obvio y no hace falta que yo lo diga, esas cosas son aburridas.

Si te soy sincero yo lo hacía porque quería estar solo.

Cuando de la nada me encontraba involucrado en una conversación, practicaba mi magia; hablar de temas aburridos y ser invisible para los demás.

Ya que eran las primeras semanas de clases del año, todavía continuaban llegando nuevos estudiantes. El tono de la campana electrónica retumbó indicando que apenas iniciaban diez horas de clases (claro que si prefieres llamarlas «diez horas de encierro» también es correcto). El profesor de la dirección escolar entró al aula para presentar una nueva estudiante:

—¡Buenos días clase! En el día de hoy les presentaré una nueva estudiante, su nombre es Sophia Robalino, Espero que la hagan sentir bien —yo tenía la cabeza apoyada en la mesa, por lo que solo escuché lo que decía el profesor de la dirección escolar.

Levanté la mirada para conocer a la nueva estudiante, quise mirar a Sophia Robalino, pero en realidad miré directo a mis demonios.

Sophia; una chica adolescente de aspecto de diecisiete años de edad, cabello castaño, tez blanca como la nieve, labios rojos, de baja estatura y ojos de color cafés claros.

«¿Stacy?» Murmuré.

En aquel instante no sé qué me ocurrió. No pude pensar con claridad.

En los días posteriores continuaron llegando más estudiantes, recuerdo bien la llegada de Alina Zaldívar; una chica rubia, muy alegre. Ella se convirtió en el alma de la clase, se reía por todo.

«No sé por qué hay estudiantes que asisten a la escuela dos semanas tarde».

Cierto día estaba holgazaneando en las escaleras de la escuela con David.

—¿Recuerdas a esta chica, Sophia? —pregunté.

—¿La chica nueva?

—Sí.

—Me recuerda a Stacy —sonreí al pronunciar su nombre.

—¿Quién es Stacy? —preguntó David.

—¡Nadie! —dije sonriendo por un motivo que solo yo sabía, luego miré al techo tratando de contener algo.

Todos tuvimos un profesor el cual no fallaba su asistencia a la escuela a pesar de que estuviera enfermo. Para mí ese era el profesor de álgebra.

Un día atípico el profesor de álgebra no asistió a la escuela. Durante la hora de clases que le correspondía a él, todos nos quedamos en el aula esperando al próximo profesor. Aún más extraño fue que la clase ciento doce, estuvo por primera vez en completa calma.

Sophia estaba sentada en su lugar. Ella nunca paraba de hablar, siempre tenía compañía. En tan solo un par de semanas ella había hecho muchos amigos (más de los que yo he hecho en toda mi vida). Por primera vez ella estaba sin ninguna compañía. Me acerqué a Sophia.

«Stacy me enseñó que siempre hay que dar el primer paso para que pueda haber un sendero para caminar».

—Hola, —dije sonriendo.

—¡Hola!

Aquí es en donde mis conversaciones terminaban. Ya sabía cuál era su nombre, preguntarlo sería una estupidez.

—¿Cómo te llamas? —por fortuna ella preguntó mi nombre.

—Mi nombre es Breiner Dalf.

— ¡Genial! No te había visto en esta clase —dijo ella.

—Mi nombre es Sophia Robalino—agregó.

Allí estaba yo otra vez, en una situación social. Conocer a alguien se había convertido en algo casi normal para mí.

Aquel «hola» fue el gran detonante para conocer a Sophia.

En los días posteriores me senté detrás de Sophia. Consideré sentarme a su lado, pero me recordaba a Stacy. Ella tenía un cierto parecido con Stacy Steventh. Hasta el día de hoy no logro descifrar en qué se parecía ella y Stacy, pero compartían una pequeña similitud.

A veces jugaba con su cabello. Lo extraño es que ella no se enojaba como solía hacerlo Stacy.

«Pensarás que mis recuerdos más preciados con la chica del pasado es nuestro primer beso, pero en realidad son aquellos momentos en los que ella se enojaba conmigo. Recuerdo que se veía tan tierna».

En la hora del descanso de algún día lejano, Sophia estaba sentada en las escaleras, me acerqué y dije:

—¿No piensas que a veces la escuela es tonta?

—¿Por qué lo dices?

—Lo que digo es: si solo nos dejaran buscar nuestra esencia, nuestra razón de vida. Pero en realidad nos programan para un objetivo en común, «un empleo» si tan solo nos dejaran ser libres, poder emprender nuestra búsqueda por eso que nos apasiona, a veces quisiera fugarme al mundo a hacer lo que me gusta.

—En la vida hay que esperar para hacer lo que nos gusta —dijo ella.

—¿Por qué tengo que esperar para hacer lo que me gusta? Si puedo hacerlo ahora —desvíe la mirada al vacío.

—Hace como dos años dejé de asistir a la escuela por dos semanas para hacer lo que me gusta. Estuve en mi habitación tocando la guitarra día y noche. Intentaba hallar la próxima melodía de moda, ¿Sabes qué pasó? Mis padres dijeron que estaba loco y que tenía que regresar a la escuela, obviamente. Según ellos terminaría como un vagabundo. Simulé todo tipo de enfermedades, pero al final las cuerdas de la guitarra se quedaron sin voz porque tuve que regresar a la escuela.

—¿Y tú sabes tocar la guitarra? —preguntó ella intrigada.

—Sí. —vi un poco de inquietud en sus ojos, quizá quería preguntar algo más, pero yo continúe hablando. Lo extraño es que ella nunca se marchó, continuó escuchándome.

—En aquel momento fue un poco estúpido hacer eso. No digo que para hacer lo que nos gusta hay que abandonar nuestras responsabilidades. Pero es necesario tenerse confianza en sí mismo, ¿No crees?

Ella asintió con la cabeza, me miró a los ojos, y dijo:

—¡No importa lo que te digan! Tú solo ve adelante. A quienes dejas atrás son simples normales que temen al éxito. Hacer lo que el resto del mundo hace es aburrido, ¿No crees? —dijo ella sonriendo.

Cuando me disponía a continuar hablando, ella puso su mano en mi hombro, y dijo:

—¡Eres un chico diferente! Te expresas de una forma muy precisa, me gusta cómo piensas.

En mi vida me han llamado tantas veces «raro» o «diferente». Algunos me han llamado diferente para evitar llamarme raro. Para algunos eso es un insulto. Para mí un insulto es que te digan: «¡Eres un normal que hace lo mismo que todo el mundo!»

Sophia vivía al otro extremo de la ciudad, muy cerca del aeropuerto, muy lejos de mi casa. Pero Aun así tomábamos juntos el autobús. Nunca fui hasta su casa, tampoco conocí a sus padres, ni a nadie de su familia.

Una tarde regresábamos de la escuela en el autobús escolar. Ella y yo nos sentamos en asientos cerca al otro, vi el reflejo de Stacy en la ventana de cristal del autobús.

—¡creo que nunca más volveré a enamorarme! —murmuré mientras retiraba mi vista de la ventana.

Sophia devolvió la mirada para decir:

—¡Que lindo lo que dices! —pasó su mano por mi cabello en una tierna intención de despeinarme, se acercó un poco más a mí y me abrazo hasta tal punto en el que sentía los latidos de su corazón.

Cuando la ruta del autobús llegaba hasta el vecindario de Sophia yo regresaba a solas a casa. Al pasar por la acera y mirar a la casa en la que había vivido Stacy Steventh, era muy difícil no evocar mis demonios. Cuando Stacy y su familia se fueron al sur, una semana después otra nueva familia se instaló en aquella casa. Nunca tuve ningún tipo de contacto con ellos, ni siquiera los conocí, simplemente se convirtieron en otros miembros de la soledad de la calle 12ª.

Cuando volvía a casa y veía la guitarra colgada en la pared era imposible no pensar en Stacy.

Con todas las canciones que le escribí a Stacy podría escribir un libro utilizando nada más que las letras de las canciones.

Al regresar de la escuela me quedaba en mi habitación dibujando garabatos junto a la ventana sobre una mesa plegable. En esa misma mesa escribí más de una canción para Stacy. A veces mientras llovía, en el verano, e incluso cuando la luna me miraba de frente.

A pesar de que con Sophia me pasaba algo, yo no podía olvidar a la única chica que había dejado una huella en mis labios. Por las noches no podía dormir a causa de las pesadillas, me quedaba acostado en la cama con los ojos pegados en el techo.

«¿Quién es Stacy?» murmuraba.

«¡No es nadie!» respondía. Me había convertido en un experto de los ensayos en soliloquio.

«Es la chica que está atrapada en mí» agregaba mi corazón.

«Es la razón por la cual brotan lágrimas de mí» decían mis ojos.

«Es la razón por la que no puedo pensar» decía mi cabeza.

«Es mi otra mitad» decía mi alma.

«En mi verdadero amor» murmuraba yo.

A pesar de que la adolescente Sophia estaba enfrente de mis ojos casi todo el tiempo, Stacy era la chica que estaba en mí. Ella nunca se fue.

Lo que viví con Sophia fue algo nuevo y especial, o eso creo. En las clases yo no paraba de mirarla. Cuando ella volvía la mirada, yo la desviaba. Entonces la miraba de reojo, podía ver que ella sonreía.

El verano se acercaba. Cuando las vacaciones comenzaran no volvería a ver a Sophia por un tiempo. Había llegado el momento de decirle a Sophia lo que sentía por ella. Podía hacer como todo el mundo y contarle a Sophia lo que sentía por ella a través de una red social, o quizá llamarla por teléfono. Decir algo a través de mensajería instantánea es algo muy normal. Decidí escribirle una carta.

«Aún recuerdo su número telefónico. Nunca la llamé».

Demasiado pronto

Era el último día de clases antes de las vacaciones de verano. Durante todo el día busqué el mejor momento para entregarle la carta a Stacy, Perdón. Sophia...Sophia Robalino. Por desgracia todo el día estuvo con sus amiguitas, ¡vaya que tenía amigas! La rubia y alegre Alina no era la mejor amiga de Sophia, pero por alguna razón en aquel día estaban muy juntas. El reloj avanzaba cada vez más rápido, no quería quedarme con aquel pedazo de papel guardado en mi bolsillo.

El tono de la campana sonó, oficialmente las vacaciones de verano habían comenzado. Todos los estudiantes querían abandonar las instalaciones de la escuela lo más pronto posible. High School Young; es la institución más prestigiosa de la ciudad. Las personas de la

ciudad hablan muy bien de esa institución, la describen con disciplina y orden. Esa escuela no es nada de eso, en todos los años que estuve allí los estudiantes solo buscaban la forma de provocar el caos.

Fui arrastrado por la horda de estudiantes, nadé contra la corriente tratando de hallar a Sophia. Muy atrás en el fondo de la horda estaba ella y su amiga Alina. Estaban inmóviles esperando que todos salieran para poder salir con calma de la institución. Nadé en contra de la corriente para lograr llegar a donde estaba Sophia. Saqué la carta de mi bolsillo, y le entregué un trozo de papel con mis sentimientos en él. Su amiga Alina me miró con algo de ternura y rareza a la vez.

—Échale un vistazo en tu casa —le dije a Sophia en el instante que le entregué la carta. Ella sonrió, luego me marché.

En medio de la multitud de caóticos adolescentes, escuché: «te quiero».

La voz provenía desde atrás, giré media vuelta. Allí estaba Sophia a una distancia de cuatro metros, tenía el sobre de la carta en la mano izquierda, y el contenido de la carta en su mano derecha (al parecer ella no obedeció mis indicaciones). Yo no tenía otra alternativa que acercarme a ella.

—¡Así que me quieres! —dijo ella.

—¡Quizá! —dije carialegre. En el fondo tenía un ataque de nervios.

—¿Por qué me lo dices hasta hoy? —preguntó ella cruzándose de brazos.

No respondí nada, la miré a los ojos y ella a mí. No sé en qué momento nuestros labios decidieron decir algo así como «te quiero».

Para cuando nos percatamos todos se habían marchado a vivir el verano.

—Vamos, par de tórtolos —dijo Alina.

El parque en honor de Francisco de Paula Santander siempre estaba infestado de estudiantes (siempre eran los vagos de la institución los que se quedaban allí).

—¡Vamos! Ya es algo tarde —dijo Alina a Sophia.

—¿A dónde van? —pregunté.

—Al otro lado de la ciudad —dijo Sophia.

Nos quedamos mirándonos, sabíamos que debíamos despedirnos. Alina tomó a Sophia por el brazo.

—¡Vamos! —dijo Alina con un tono de desesperación.

—¡Adiós! —dijo Sophia.

—¡Te veo después del verano! —murmuré.

Demonios del tiempo

El verano es la época del año en la que más recuerdo los viejos tiempos. Todos los veranos anteriores esperé a alguien que jamás llegó. Después de tanto tiempo de esperar comencé a olvidar lo ya vivido.

Mi habitación se había convertido en mi estudio musical durante años, en esos días de verano no sería la excepción. Saqué de mi mesa de noche una libreta, ya estaba un poco ajada por el paso del tiempo. La había adquirido hacía mucho tiempo. Pese a que estaba desgastada, lo que llevaba en sus páginas estaba como si lo hubiese escrito ayer. Pasé página tras página. Eché un vistazo a mis primeras creaciones musicales, pasé las hojas hasta que encontré un espacio en blanco para escribir. Coloqué un bolígrafo en medio de la libreta, tomé mi guitarra, puse mis

dedos en las cuerdas e inicié a escribir una melodía para mi nuevo romance.

Traté de poner mis sentimientos en las cuerdas, pero solo logré evocar mis primeros pasos aprendiendo a tocar la guitarra.

En aquella tarde de principios del año 2011, logré crear una canción con tan solo sentimientos en mis dedos. En esa tarde en la que componía una melodía para mi nuevo romance, el instrumento me parecía un completo desconocido, como si fuese la primera vez que tocaba las cuerdas del instrumento.

«¡Quizá mañana!», Murmuré con un poco de tristeza. Guardé la guitarra.

En la mañana del día siguiente desperté cuando el sol aún no brillaba. Se podía ver cómo la noche desaparecía. Abrí la ventana de la habitación. En el aire había un poco de frío, me senté con la guitarra junto a la ventana. No abrí las páginas de la libreta, quizá así me sentiría más libre. No salió nada de las cuerdas del instrumento, ni mucho menos un sonido vago de mis cuerdas vocales. Simplemente volví a dormir.

Cuando Stacy se marchó no volví a pintar nada con la pintura de óleo. Alguna vez dibujé un garabato o un personaje animé, pero nada como aquella pintura que pinté en honor de Stacy.

Ese día cuando desperté decidí que era hora de retomar mi arte. Antes de ir a desayunar, saqué el caballete de trípode del armario, lo puse junto a la ventana, abrí la mesa plegable, y sobre ella coloqué el juego de arte.

Necesitaba una idea para pintar. Bajé al estudio, me senté delante de la computadora e hice una búsqueda en el navegador web utilizando el nombre completo de Sophia. En alguna red social hallé tres fotografías de ella, imprimí las fotografías. Después de desayunar subí a mi taller de arte (mi habitación).

Fue muy extraño que solo hallara tres fotografías de Sophia, ya que ella se la pasaba todo el día con el teléfono en la mano capturando su esencia. Algunas veces los profesores le decomisaron el teléfono, a ella parecía no importarle nada.

La primera pincelada que le di al lienzo parecía ser invisible, e igualmente la segunda. Revisé los frascos que contenían la pintura. La pintura se había secado, otra estaba dañada. Guardé el kit de arte y busqué mis lápices de grafito los cuales utilizaba para dibujar garabatos. Decidí dibujar mi obra con tonos grises. Reemplacé el lienzo por una hoja de papel. Poniendo en funcionamiento el uso de la cuadrícula logré pintar la primera fotografía en tres horas. No quedé satisfecho con el dibujo, así que decidí pintar otra de las fotografías que tenía. Yo no tenía pensado pintar las tres fotografías que había hallado de Sophia, solo tenía planeado pintar «La mejor».

Me quedé en mi habitación a dibujar hasta muy tarde en la noche. Eran las dos de la mañana para cuando acabé con el último dibujo. Nunca logré dibujar aquellos retratos con total perfección. Al final de la noche tenía tres trazos de papel, cada uno con un rostro dibujado. Un rostro que creí querer.

Como ya saben, mi hermana mayor venía a casa en las vacaciones de verano. Cierto día llamó para decir que no podría venir a casa.

Esas vacaciones fueron una de las peores que viví. En todos los veranos anteriores esperé a alguien con mucha ansiedad hasta el punto que el desasosiego me carcomía.

En ese verano solo esperaba el fin de las vacaciones.

Día tras día las vacaciones de verano fueron lo mismo; el brillante astro solar azotando la superficie terrestre, intensas olas de calor, yo y mi soledad, los apagones repentinos, y otras cosas.

Aquí en la Villa los veranos nunca fueron fáciles, muchos lográbamos sobrevivir con los microclimas de nuestros hogares, algunos decidían ir al río a nadar.

El servicio eléctrico de Villa Concepción nunca fue el mejor. En ese verano había apagones eléctricos muy continuos. Todo lo que nos quedaba era abanicarnos, o ir a nadar al río. En lo personal nunca me gustó la idea de ir al río. En mis años de vivir en la tierra del hombre caimán escuché muchas historias de niños, adolescentes y hombres que perdieron la vida en el río. La mayoría son historias de adolescentes a los cuales el río les arrebató lo único que tenían «sus sueños». Sé que no son solo historias, yo mismo conocí a aquellos adolescentes. El día en que el río se llevó sus sueños. Sus amigos y familiares lloraron hasta que las lágrimas se secaron. Todos ellos estudiaban en High School Young. Por lo tanto. Muchos en la secundaria eran sus amigos. Aún recuerdo aquella vez que vi a una de mis compañeras llorar en los pasillos de la escuela hasta que se

quedó sin lágrimas. Era 1 de octubre. Recuerdo muy bien las fechas de todos aquellos sucesos. Toda la ciudad se vistió de negro en aquellos trágicos días. Durante tres años consecutivos un adolescente perdió la vida en ese rio, en fechas y circunstancias diferentes. Todos ellos pertenecían a High School Young. El río no se llevó las vidas de aquellos jóvenes adolescentes. Se llevó sus corazones soñadores.

En memoria de los sueños que el río se llevó…

El verano acabaría pronto. Ya que mis retratos de Sophia no eran los mejores, decidí terminar la canción que había intentado crear en su nombre. Pero no tenía ningún tipo de inspiración. Después de dar vueltas y vueltas a mis pensamientos, recordé la carta que le había escrito a Sophia. La mejor letra que tenía en aquel momento era esa carta. Llame a esa canción «Letra de amor». A pesar de que disponía de toda una hoja llena de palabras en mi mente. Nunca logré hallar una melodía para acompañar las palabras. Seguí intentado. Pero con otra canción. Sophia era una chica linda, así que quise hacerle un homenaje a su belleza. A aquella canción la llame «Belleza infinita». Una vez más las melodías no salían de la caja de resonancia de la guitarra. Dicen que la tercera es la vencida, ¡mienten! La tercera y última canción que intente componer se llamó «Mi princesa», al igual que todas las anteriores fueron un completo desastre.

Todas las letras que escribí, simplemente fueron palabras sin voz dentro de una libreta que había logrado perdurar a través del tiempo.

Las vacaciones de verano dijeron adiós.

¡Hola!

Los últimos seis meses para mí en High School Young habían comenzado. Me sentí un poco melancólico al saber que esos eran mis últimos días en la secundaria. Había vivido tantos momentos en ese lugar, tantas historias por contar, año tras año una clase diferente a la anterior, compañeros diferentes, algunos ya conocidos y solo logré construir una amistad para toda la vida; mi única amiga «La soledad».

Recuerdo muy bien ese primer día de clases después de las vacaciones de verano. Apenas puse un pie en la escuela, busqué con mucha ansiedad un rostro conocido. Subí las escaleras, en la cima me esperaba Sophia con sus brazos extendidos y una sonrisa en sus labios, apenas la vi Sonreí, subí con mucha prisa los escalones. La besé en la mejilla y la apresé en mis brazos.

—¡He estado esperándote desde que llegué! —dijo Sophia.

—¡Ya estoy aquí!

—¡Vamos! —dijo Sophia, me tomó de la mano y nos fuimos a nuestra aula de clases.

Estábamos de vuelta en el microclima de la clase ciento doce. Me senté en el mismo lugar de siempre. La mayoría de los estudiantes se encontraban en el aula, algunos holgazaneaban en los pasillos. Supuse que David estaba afuera porque su mochila estaba en una silla.

Busqué entre mis pertenencias y saqué los retratos que había hecho para Sophia.

—¡Mira! —dije para llamar la atención de Sophia.

Ella se quedó algo asombrada, tomó las hojas de papel en sus manos, observó minuciosamente los dibujos, se mordió los labios.

—¡Gracias!

—¿De dónde sacaste las fotos para pintar esto? —preguntó ella.

—¡Por ahí! —dije.

Ella sonrió, se levantó de la silla, pasó su mano por mi cabello y acercó sus labios a los míos.

«¿Sabes? Lo máximo que esperaba que hiciera Sophia, era que me diera las gracias o que me diera un beso en la mejilla, pero eso estuvo mucho mejor».

Las cosas marchaban muy bien. Me sentía feliz con Sophia. Mi pasado se estaba convirtiendo en simplemente eso, pasado. Pero hasta en el paraíso hay problemas. Un día mi mundo se llenó de incertidumbre. Un día después que

acabó la hora del descanso, regresé a nuestra clase sin Sophia, subí las escaleras junto con una multitud, entre la multitud estaba Alina, mi rostro de felicidad me delató.

—¡Yo sé cuál es el motivo de tu felicidad! —dijo Alina.

—¿Quién? —yo sabía perfectamente la razón de mi felicidad.

—Sophia —afirmó Alina nada sorprendida.

—¡Sí! —quise gritarlo al viento.

—Ella es una chica muy bonita, pero ten cuidado, ella no es quien tú piensas —dijo Alina tratando de guardar discreción.

Alina se alejó, no pude preguntarle por qué decía aquellas cosas de Sophia. Traté de no darle importancia. Fue una situación muy extraña, anteriormente Alina me había dicho: «no te enamores de ella».

En aquel momento pensé que ella lo decía tratando de proteger a su amiga, pero en realidad no eran tan amigas.

Yo estaba muy enamorado de Sophia como para que alguien lograra cambiar mis sentimientos por ella utilizando solo palabras.

Septiembre

El 3 de septiembre llegó. Cuando la noche apareció miré al cielo directo a la constelación de Orión.

«¡Feliz cumpleaños!»

Yo nunca le perdone a Stacy que se marchara, y ella nunca me perdono que la dejara ir.

«¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Habrás conocido a alguien?» yo tenía tantas preguntas para Orión, las cuales no tenían respuesta. Me senté en la computadora del estudio, abrí mi E-Mail, busqué el único contacto que tenía y escribí: «¡Feliz cumple!»

No fui capaz de oprimir «Enviar». Si en algo tenía razón la voz de mi conciencia era en que debía dejar el pasado en el lugar que pertenece. No debía revivir el pasado.

Era un plomizo día cuando nuevamente alguien me dijo algo malo acerca de Sophia. Yo y mi amigo David después de la escuela fuimos a una sala de videojuegos. David interrumpió los efectos de sonido del videojuego para decir:

—¿Sabes? Sophia no es una chica para ti.

—¿Por qué lo dices? —pregunté un poco distraído. Yo le estaba prestando más atención al videojuego.

—Hay algo malo en ella.

Traté de no ponerle interés a los comentarios de David. Simplemente continúe con el juego.

Al volver a casa me pregunté en largo soliloquio por qué todos decían algo malo de Sophia. Mi conclusión final fue que ellos estaban locos y no sabían lo que decían.

Todos tenemos pasiones por las que vivimos. Nuestros sueños. Eso por lo que luchamos cada día. Con Stacy yo tenía muchas cosas en común, nosotros compartíamos los mismos gustos, pero creo que con Sophia lo único que teníamos en común era nuestro afecto. De Sophia solo sabía su nombre. Pensé que sería buena idea saber más acerca de Sophia.

En la cafetería de la escuela le pregunté a Sophia acerca de sus pasiones. Comencé con lo más básico:

—¿Te gusta la música?

—¡Sí! —respondió prestándole poca atención al tema.

Mi gran pasión siempre ha sido la música. Al parecer la persona con la que compartía mi tiempo no era muy musical. Tras una corta charla con Sophia concluí muy

rápidamente el tipo de persona que ella era. Sophia era la típica adolescente con sueños de gloria. Trataba de actuar diferente a las demás personas. Ella creía que por eso era mejor que los demás, pero en realidad estaba actuando igual al resto del mundo; arrogante, egocéntrica y trivial.

Yo no tenía mucho en común con Sophia, pero creía que la quería. Decidí que era tiempo de pedirle que oficialmente fuese mi compañía. Creo que nosotros ya sabíamos lo que éramos, pero era momento de hacerlo oficial.

Recité un discurso para Sophia. Lo practiqué durante días. Luego el siguiente paso, el más difícil, hallar un momento apropiado para hablar con ella. Sophia y yo únicamente teníamos tiempo de hablar en la escuela.

Ese día cuando llegué a la escuela no podía esperar para contarle a Sophia. Apenas la vi me acerqué con mucha prisa y le dije:

—¡Tengo algo que contarte!

—¡Sí! ¿Qué? —ella sonrió. Quizá ya sabía de qué quería hablar con ella.

—¡Pero ahora no puedo! —agregué.

—¡Está bien!

Esperé impacientemente hasta el final del día. En aquellas situaciones el tiempo conspiraba en mi contra. El tono indicativo de la hora de descanso sonó, tomé a Sophia de la mano y bajamos juntos por las escaleras.

—¿Qué tienes para decirme?

—¡Te digo luego!

—¿Por qué no ahora?

—¡Es algo muy importante!

Sophia comenzaba a desesperarse, pero no perdía su emoción.

Cuando la hora de descanso finalizó, todos los estudiantes se dirigieron a sus respectivas aulas de clase.

—¡Vamos! —le dije a Sophia.

—ve tú primero, yo iré detrás de ti.

Le di un beso en la mejilla y acaricié su cabello.

—¡Te espero en clases!

Cuando estaba subiendo las escaleras, recordé lo que Alina me había dicho aquel día, regresé a la cafetería por Sophia. Cuando regresé a la cafetería vi algo que me destrozó, simplemente ignoré la situación y volví a la clase sin problema alguno.

Para cuando Sophia regresó a la clase, los pasillos estaban desolados, se sentó en su lugar y me miró.

—¿Qué tenías para decirme?

—¡Nada! —respondí sin dar explicaciones.

—¿Cómo que nada? —preguntó ella un poco confundida.

—¡Nada!

Las clases terminaron. Inventé una excusa para volver a solas a casa, ese día no acompañé a Sophia hasta su hogar, el cual quedaba muy lejos.

Volví a casa destrozado, me encerré en mi habitación, tiré mi mochila por ahí, únicamente me quité los zapatos y me zambullí en la cama.

Desperté envuelto entre las cobijas de la cama. Aún con el uniforme de la escuela puesto. Se podía escuchar un

crujido en el tejado y otro más suave en la ventana de cristal de la habitación. No podía ver nada, únicamente una inmensa oscuridad.

Me dispuse a levantarme de la cama. Después de un largo rato luchando por liberarme de las cobijas, logré ponerme de pie. Aunque no podía ver absolutamente nada, caminé en dirección adonde suponía estaba la ventana.

«He vivido toda mi vida en casa de mis padres. Podría caminar por cualquier lugar de ella con los ojos cerrados».

Corrí la cortina de la ventana. De inmediato, la lúgubres de la habitación se escabulló en las sombras. Con los ojos entreabiertos y la mirada turbia, miré hacia lo profundo del firmamento. A causa de que la luna había convertido la noche en día la luz de las estrellas distantes no podía ser divisada, las únicas visibles eran las más brillantes, entre ellas la constelación de Orión.

Clavé la mirada en las pocas estrellas de Orión buscando una mirada, solo logré evocar mi demonio del tiempo «El pasado». Recordé aquella lejana noche en la que Stacy me había enseñado que las estrellas no pueden ser enumeradas.

Para cuando volví la mirada del pasado al cielo, la luna y las pocas estrellas ya habían desaparecido detrás de la gran oscuridad que acechaba al cielo. El viento comenzó a soplar más y más fuerte. Una gota de agua cayó en el cristal de la ventana, se deslizó y luego la calle ya estaba inundada de ellas.

Cerré la cortina y volví a la cama. Pero antes me quité el incómodo traje que traía puesto.

En aquel momento sentía tantas cosas como para poder dormir en paz. Me levanté de la cama, fui hasta la mesa plegable junto a la ventana. Busqué una hoja de papel y un bolígrafo. Me senté junto a la ventana a escribir una carta para notificarle a Sophia lo que sentía por ella en aquel momento. Escribí una última carta bajo la luz de los relámpagos que traía la borrasca. La carta contenía muchos pensamientos lúgubres.

Las semanas próximas traté de no hablarle a nadie. Me senté en los últimos lugares. Sophia nunca se acercó a mí para preguntar que me ocurría. Mi felicidad se había opacado. Estaba de vuelta en el comienzo. Yo no era el mismo en clases, pero parecía que no le importaba a nadie. Fue Alina la única persona que se acercó a mí para preguntar:

—¿Qué tienes?

—¡Nada! —me había convertido en un experto para mentir.

—¡Vamos! Yo te conozco, sé que algo te ocurre. Te preguntaré otra vez, ¿Qué te ocurre?

Guardé silencio por un par de minutos. Alina no se marchó, seguía esperando una respuesta.

—¡Tenías razón! —habló mi moribundo corazón.

—¡Cuéntame! Sé más preciso.

—Es acerca de Sophia.

Alina hizo una expresión facial de «te lo dije».

—El otro día dejé a Sophia sola en la cafetería. Para cuando regresé, ella estaba con mi amigo David. Los vi besarse.

—¿Ellos te vieron?

—¡No!

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

—Aléjate lentamente sin que lo noten. No digas nada. Solo aléjate.

—¡Eso hago! —asentí con la cabeza.

De la noche a la mañana Sophia y David se habían convertido en unos completos desconocidos para mí. Pero yo no pasé desapercibido.

Sophia se acercó a mí para preguntarme por qué no le había dirigido la palabra en días, respondí con la respuesta más precisa «El sonido del silencio», me alejé, escuché una voz que provenía desde atrás de mi espalda.

—¡Idiota! —dijo la voz. Era la voz de Sophia.

Me marché riendo tratando de desviar el tema.

«¿Idiota? ¡Sí! Eso soy. Por confiar en ti. No te pareces en nada a Stacy, ella era perfecta, tú solo eres Sophia la trivial».

Respecto a mi amigo David. Él no notó que yo me había alejado. Desde que Sophia llegó a mi vida nosotros no pasábamos mucho tiempo holgazaneando.

Con respecto a la carta que escribí bajo el resplandor de los relámpagos, nunca me atreví a dársela a Sophia. En su lugar se la entregué a David para que se deshiciera de ella. Fue una pequeña estrategia para comunicarle indirectamente a David que yo no sería un obstáculo para

que él estuviera con Sophia. Yo sabía que él leería el contenido del sobre.

En aquellos días en los que decidí sentarme en el fondo de la clase, conocí a alguien, una nueva amiga. Su nombre era, Olivia Fraga; una niña de tez morena, ojos oscuros, cabello castaño, un poquito gordita, y de baja estatura. En realidad, ella no solía sentarse allí atrás. Ella me contó que se había sentado allí para estar sola y poder realizar sus tareas sin distracciones de sus amigas. Olivia tenía un grupo de amigas que parecían sacadas del manicomio. A ella le pareció extraño que yo estuviera sentado allí. En el lugar de los vagos. Después de contarle lo que me había ocurrido, ella entendió.

«¡Extraño a Stacy!», Murmuré en mi tétrica soledad.

—¿Stacy? ¿Quién es Stacy? —preguntó Olivia Fraga.

En aquel momento quise decir «nadie» para ahorrarme las explicaciones.

—Es una chica que conocí hace un par de años.

—¡Que extraño! Yo también conocí a una chica con ese mismo nombre. Ella era mi amiga.

—¿Cómo es la que tú conoces? —pregunté.

Olivia sacó de su bolsillo su teléfono móvil, me mostró una foto que jamás en mi vida había visto.

—¿Y? —Olivia preguntó si conocía a la niña de la foto.

Nunca antes había visto esa fotografía, pero era una de Stacy. En la fotografía estaba Olivia, Stacy y otra niña que no logré identificar. Ellas estaban vestidas con unas togas de color azul de esas que utilizan en las escuelas y

universidades para las ceremonias de protocolo en las que le otorgan al estudiante el título obtenido. Obviamente traían puestos los populares gorros que son utilizados en esos eventos. Olivia sonreía e igualmente la chica desconocida, pero Stacy Steventh tenía una pose de seriedad.

—¡Que pequeño es el mundo! —exclamé.

Deslicé mi dedo sobre la pantalla del dispositivo, otra fotografía apareció. En esa, Stacy reía discretamente, detrás de ella había un payaso, no sé por qué, de seguro había alguna razón, al lado de Stacy había dos niñas que tampoco identifiqué. Alcancé a ver varias fotografías de Olivia, tomadas el día de su graduación de la primaria. Olivia y yo nos convertimos en muy buenos amigos. Stacy continuaba afectando mi vida a pesar de que ya no estaba conmigo.

Tétrica soledad

La soledad fue la única compañía que jamás perdí, ella siempre estuvo conmigo en las buenas y en las malas. Tuve suerte que el tiempo conspiraba en mi contra. De lo contrario nunca me había dado cuenta de lo que en realidad sentía por Sophia.

Faltaba poco tiempo para que mis últimos días en la escuela secundaria terminaran.

Muchos aprendemos a valorar nuestros días en la escuela cuando está por finalizar. Todos pensamos que la escuela es nuestra época más aburrida, en realidad son de nuestros días dorados.

Cuando las clases terminaron yo me gradúe, una vez más con honores. Algunos de mis compañeros no alcanzaron la meta. Cuando las clases finalizaron mi amiga

Alina se fue de la ciudad. Hasta el día de hoy no la he vuelto a ver. Escuché que ella se marchó a su ciudad natal; una ciudad del caribe colombiano conocida como La Joya De América.

Durante años mi padre me había transmitido un amor por la arquitectura. Yo decidí que quería estudiar esa profesión, pero en realidad fue mi padre.

La mañana del 25 de diciembre de ese mismo año recibí como regalo uno de los aportes astronómicos del padre de la ciencia. Esa misma noche lo primero que hice fue salir al jardín principal y apuntar el instrumento óptico directo a la constelación de Orión.

«¡Siempre estarás conmigo!» Murmuré.

Aparté la vista del instrumento óptico, me recosté en el suelo y me quedé simplemente contemplando las doscientas cuatro estrellas de la famosa constelación que ahora ya no tenía la forma de un cazador, sino de un amor que no se esfumaba ni desaparecía.

La noche era muy calma, ninguna nube oscura obstaculizaba la mirada de Orión. Miré a Orión y le pregunté:

¿Recuerdas cuando éramos tan solo unos niños? tras no obtener una respuesta me quedé callado y luego continúe hablándole a quien estaba del otro lado de Orión.

Yo recuerdo cada momento que compartimos juntos. Recuerdo que todo lo que decías me robaba una sonrisa. Vaya que tenías un muy buen sentido del humor, eras muy feliz, y eso me hacía feliz a mí.

¿Recuerdas todas las tonterías que solíamos hacer? Sí que éramos chicos, recuerdo que tú eras un poco loca ¿Sabes? Aún sigo viéndote en los lugares en los que estuvimos.

A veces quisiera devolver el tiempo y quedarme a vivir allí, en el lugar en que más feliz me recuerdo. Si pudiera devolver el tiempo y cambiar algo, no cambiaría nada, porque, aunque eso implique mi felicidad junto a ti, no me arrepiento de nada de lo que viví contigo ni con nadie más, porque eso me hizo fuerte. Todas las experiencias que viví en el camino son lo que hoy me define.

Quisiera volver a verte de nuevo, tenerte enfrente de mí una vez más, tomar tu mano, mirarte a los ojos y volver a decirte todo lo que significas para mí. Te envolvería en mis brazos y por última vez te diría ¡hasta pronto! Pero guardaría la esperanza de volver a verte otra vez y decirte lo mismo, decirte que te amo. Solo eso quiero, solo quiero que sepas que aún te amo.

Creo que nunca más me volveré a enamorar, porque siempre estuve y estaré enamorado de ti. Por las personas que posiblemente conoceré no sentiré amor, solo un poco de cariño. Tú eres y siempre serás mi único amor.

Vaya que ha transcurrido mucho tiempo, pero aún recuerdo todo con perfecta claridad. Recuerdo tu risa. A veces aún escucho las melodías que tú creabas, y no precisamente las que creabas con tu guitarra. Recuerdo tu sonrisa y eso me alegra. ¿Sabes? Yo nunca planeé conocerte, pero tampoco planeé que ya no estuvieras conmigo, nunca planeé enamorarme, pero mucho menos planeé que tú

hubieses sido mi primer amor, yo no planeé nada, todo fue tu idea. Pese a que ya no estés aquí, aún te siento conmigo, en cada paso de mi vida, y sé que yo también sigo contigo. En donde quiera que estés te deseo todo lo mejor. Muchas gracias por haber estado en mi vida, muchas gracias por haberme regalado momentos que se quedaran por siempre en lo más profundo de mí. Quizá algún día podamos encontrarnos de nuevo, pero hasta entonces… ¡Adiós! Te extraño mucho…Stacy Steventh.

La última noche antes del primer día

El último día de ese loco año lo pasé con las personas a las que yo más les importo; mi familia. Ese día me traía a la memoria tantos momentos vividos, tantos sentimientos.

Desperté Muy temprano por la mañana del primer día del año, los rayos del sol aún no iluminaban parcialmente la pequeña ciudad.

Tomé mi guitarra y la puse en mi espalda, busqué un reproductor de música, me coloqué los audífonos y reproduje algo de música, saqué mi skateboard de debajo de la cama, me puse el casco de seguridad. Salí de mi habitación caminando con mucha calma para no hacer mucho ruido que pudiera despertar a alguien.

Salí a dar un recorrido por las calles de la ciudad. Yo amaba ver al resto del mundo tal y como era mi vida.

En mi solitario recorrido, el reproductor sintonizó varias canciones. Una de las canciones que David me enseñó sonó, la letra de la canción hacía una pregunta:

«¿Dónde estás tú?»

En ese momento eso era lo que yo me preguntaba.

«¿Dónde estás tú mi angelito?

Respecto a mi amigo David, yo lo perdoné. Él me hizo ver que Sophia no era la chica que yo buscaba. Nunca más lo he vuelto a ver. No me arrepiento de haber conocido a Sophia. Ella me enseño que en la vida hay que esperar para hacer lo que nos gusta. Esa enseñanza me percató que para sentirnos vivos solo hay que soñar.

Aquel recorrido fue el más intenso que he tenido. Llegué hasta mi antigua escuela secundaria. Los rayos del sol ya comenzaban a brillar intensamente. Decidí descansar en el parque bajo algún árbol. Allí estaba la banca en la que me sentaba con Stacy a esperar el autobús, la madera ya estaba un poco rasgada, deteriorada por el paso del tiempo, el pequeño árbol de almendro se había convertido en un frondoso árbol de tres metros de altura. Algunas hojas caían al suelo. Cuando me acerqué a la banca las hojas secas crujían bajo mis pies, apenas me senté rememoré todos los recuerdos que tenía de ese lugar. Aún podía oler el olor a ice cream de fresa. Recuerdo muy bien la mirada de Stacy aquella vez que se enojó porque pensaba que ya no la amaba, las pequeñas discusiones que tuvimos. El eco de su risa aún rebotaba en la arboleda. Tantas historias por contar.

Miré hacia la edificación en la que había estudiado casi toda mi vida, solo con mirarla me robo un suspiro lleno de momentos que quedaran grabados para siempre en mi memoria.

Apoyé la guitarra en mis piernas y toqué por última vez la melodía del silencio.

Dos semanas después de ese día me iría a la capital del país para entrar a la universidad. Estudiaría arquitectura, eso fue lo que siempre quiso mi padre. En lo personal me habría gustado estudiar ingeniería de sistemas. Un software es formado por varios componentes para que pueda funcionar, es algo muy parecido a la suma de sonidos que forman una armonía.

Quizá podré encontrarme de frente con la mirada que me mira desde Orión todas las noches.

Cuando el sol había calentado lo suficiente como para ser molesto, me levanté de la banca, apoyé la guitarra en mi espalda, me puse los audífonos, me subí en mi skateboard e inicié un viaje de regreso a casa a través de las solitarias calles.

Me alejé de la arboleda con nada más que recuerdos en mi mente y sueños en el corazón.

No quiero vivir una vida
Quiero vivir un sueño...

Breiner Daff